

Cartas a  
Amalia

Edición: José Rodríguez Feo  
Diseño y cubierta: Héctor Villaverde  
Corrección: Dania Ricard  
Composición computarizada: Ernesto Rodríguez

© Juan Ramírez Pellerano, 1994  
© Sobre la presente edición:  
Ediciones UNION, 1994

ISBN 959-209-062-9



Ediciones UNION  
Unión de Escritores y Artistas de Cuba  
17 No. 354 e/ G y J, El Vedado, Ciudad de La Habana

## INTRODUCCIÓN

Ignacio Agramonte Loynaz nació el 23 de diciembre de 1841 en la casa marcada con el número 5 de la calle Soledad —que hoy lleva su nombre—. Fueron sus padres el licenciado Ignacio Agramonte Sánchez-Pereira, abogado, y María Filomena Loynaz Caballero, quienes gozaban de una posición económica desahogada y próspera.

Realizó sus primeros estudios en la ciudad natal con el profesor español Gabriel Román Carmeño. luego ingresó en el colegio El Salvador, de la ciudad de La Habana, donde estuvo poco tiempo, pues sus padres lo enviaron a España, y allí permaneció alrededor de cinco años.

En 1857 regresó a Cuba y, tras unas breves vacaciones en su ciudad natal, ingresó en la Real Universidad de La Habana, donde cursó años de estudios, y recibió la investidura de Licenciado en Derecho Civil y Canónico, el 11 de junio de 1865.

Dos años más permaneció Agramonte en dicho centro docente, pues a pesar de que el título de Licenciado en Derecho Civil y Canónico —abogado— era suficiente para ejercer como tal continuó los estudios correspondientes al doctorado hasta el 24 de agosto de 1867, en que efectuó su último examen.

Graduado de abogado, comenzó a trabajar en La Habana como juez de paz del barrio de Guadalupe y también en el bufete de Antonio González de Mendoza.

En 1868 regresó a Puerto Príncipe y laboró con los conspiradores de la localidad en los preparativos del levantamiento armado que proyectaban.

El 1.º de agosto del propio año contrajo matrimonio con Amalia Simón Argüellos, joven culta y distinguida que había conocido en 1866 durante uno de sus viajes de vacaciones a la ciudad natal.

Al levantarse en armas los canagüeyanos en Las Clavellinas, el 4 de noviembre de 1868, para secundar el movimiento iniciado por Carlos Manuel de Céspedes en su ingenio La Demajagua, de Manzanillo, Ignacio Agramonte permaneció en la ciudad a cargo de los trabajos y documentos de la Junta Revolucionaria para asegurar el éxito del levantamiento y la incorporación del

mayor número de adeptos a la causa revolucionaria, pero al recibir un aviso que de La Habana se había ordenado su detención, marchó a incorporarse a la insurrección y acompañado de su hermano Enrique y un criado de la familia, abandonó la ciudad el 11 del propio mes, en dirección al ingenio El Oriente, situado en el partido de Sibanicú.

Muy pronto demostró sus dotes de dirigente político, al enfrentarse en la reunión del Paradero de Las Minas, el 26 de noviembre de 1868, a Napoleón Arango y sus seguidores, quienes proponían la sumisión a la Metrópoli española a cambio de supuestas reformas políticas.

Al concluir la reunión, la mayoría de los insurrectos allí se pronunciaron por la continuación de la lucha armada. Esa misma noche quedó disuelta la Junta Revolucionaria del Camagüey y quedó constituido el Comité Revolucionario, cuya dirigencia integraron Agramonte, su pariente Eduardo y Salvador Cisneros Betancourt.

Y como expresó nuestro Comandante en Jefe, en su discurso del 11 de mayo de 1973: "Ese fue el primer servicio extraordinario prestado por Ignacio Agramonte a la lucha por la independencia".

Dos días después participó en el combate de Bouilla contra las fuerzas del conde Valmaseda.

Con la llegada de Manuel de Quesada al frente de la expedición del *Galvanic*, y la incorporación a las filas insurrectas de numerosos combatientes, aumentó la pujanza del movimiento revolucionario en Camagüey, por lo que los dirigentes del Comité convinieron en efectuar elecciones para elegir una junta de cinco miembros que sustituiría al mencionado Comité.

La Asamblea de Representantes del Centro integrada por los miembros del Comité y por Francisco Sánchez Betancourt y Antonio Zambrana Vázquez, quedó constituida en Sibanicú el 26 de febrero de 1869. Su primer decreto fue la abolición de la esclavitud.

En los primeros días de abril del propio año, los revolucionarios orientales, villareños, y camagüeyanos, con el propósito común de lograr la unidad en el campo insurrecto, marcharon hacia el poblado de Guáimaro, donde se reunió la Asamblea Nacional del Pueblo Cubano para promulgar una constitución política que debería regir mientras durase la guerra de independencia. Dicho código fundamental fue redactado por Ignacio Agramonte y Antonio Zambrana, designados secretarios de la Asamblea.

Agramonte, elegido representante a la Cámara, decidió renunciar a su escaño para aceptar la jefatura militar de Camagüey con el grado de mayor general, en la que se distinguiría por su valor y gran capacidad de mando.

Su primera tarea como militar fue la organización de fábricas y talleres, donde pudieran elaborarse y repararse los efectos que necesitaran las fuerza insurrectas. Dichas fábricas y talleres se establecieron en su mayoría en la zona de Najasa donde existían tupidos montes capaces de brindar protección contra cualquier ataque sorpresivo de las fuerzas españolas, sin tener necesidad de utilizar numerosa custodia.

Durante su primera etapa como jefe militar, dirigió el combate de Ceja de Altagracia, y el ataque a la ciudad de Camagüey, que levantó el prestigio de la



revolución, pues aunque no llegó a ocuparse la localidad, obligó a los españoles a emprender la inmediata construcción de numerosas torres, puestos y fortines para la defensa de dicha plaza.

El 1.º de enero de 1870 participó como segundo al mando en el combate de Minas de Juan Rodríguez, en las cercanías de Guáimaro, contra una poderosa fuerza española al mando del mariscal Eusebio Puello, a la que se le causaron más de 200 bajas, y los mambises se retiraron ordenadamente cuando habían agotado casi todas sus municiones. La acción, dirigida por el mayor general Thomas Jordan, fue la más importante librada en territorio camagüeyano durante los primeros años de la guerra del 68.

En abril del propio año, por discrepancias con el presidente Céspedes en cuanto al modo de realizar la guerra, renunció a la jefatura militar de Camagüey y permaneció sin mando, aunque mantuvo su grado de mayor general. Pero su renuncia no significó en ningún momento inactividad, pues junto a un grupo de compañeros que lo acompañaron durante ese período, se enfrentó en numerosas ocasiones a las fuerzas españolas.

Ingenio Grande, Jimirú, Socorro, Múcara y otros, fueron algunos de los combates librados en ese tiempo en que también aprovechaban sus ratos libres para adiestrar a sus hombres en el manejo y uso de armas, ejercicio de batallón y escuadrón, etcétera. Desarrolló su táctica de acuerdo con las características del territorio donde habría de operar, y utilizaba la caballería en función de guerra de guerrillas, que lo haría famoso, pues exponía un corto número de hombres que hostilizaba constantemente al enemigo, y lo desconcertaba con extraordinaria facilidad porque se trasladaba de un lugar a otro, sin que pudiera conocerse el lugar exacto donde se encontraba.

Durante ese año de 1870, las tropas españolas iniciaron una gran ofensiva por todo el territorio camagüeyano en la que destruyeron los campamentos insurrectos, asesinaron a numerosos familiares y empleados civiles de la revolución y capturaron muchas familias de éstas, entre ellas, Amalia Simoni y su pequeño hijo Ernesto. Ignacio Agramonte tuvo entonces que combatir, no sólo contra los españoles, sino también contra los vacilantes que se presentaban al enemigo y desmoralizaban las filas insurrectas.

Zanjadas sus diferencias con Céspedes, reasumió la jefatura militar de Camagüey, el 17 de enero de 1871, ocasión en que lanzó una proclama en la cual daba a conocer su designación, exhortaba a sus compañeros a la lucha, y sobre todo a mantener mejor organización y mayor disciplina para lograr la victoria. Reasumió el mando cuando más grave era la situación de los insurrectos en Camagüey, y aumentaban las presentaciones al enemigo, contra las que actuó con verdadera firmeza revolucionaria, al someter a juicio y pasar por las armas a los que intentaban pasarse al enemigo. A partir de aquel momento, mejoró progresivamente la situación militar en el territorio bajo su mando, y las fuerzas mambisas pasaron de la defensiva a la ofensiva.

Agramonte participó personalmente en decenas de combates en que derrotó a las fuerzas —siempre numérica y materialmente superiores— de España, y su más grande hazaña lo constituyó el histórico rescate del general de brigada Julio Sanguily Garrite, que con poco más de treinta hombres batió a una tropa

enemiga de 120, y le arrebató al brigadier Sanguily, a quien conducía prisionero el enemigo.

En 1872 había cambiado totalmente la situación militar de Camagüey, y no obstante la escasez de armamentos y municiones, Agramonte había levantado el espíritu revolucionario. En mayo de ese año, el Gobierno de la República en Armas le hizo extensiva su jefatura a las fuerzas de Las Villas, que desde mediados de 1871 venían combatiendo a su lado en las principales acciones libradas. Contaba entonces con una poderosa caballería, que se caracterizaba por su disciplina militar, y con la que combatió en El Salado Jacinto, Las Yeguas, La Matilde, El Carmen y Loma del Vapor.

A principios de 1873, propuso al Gobierno un proyecto de invasión a Las Villas y el Occidente de la Isla, que había concebido desde mediados del año anterior, y para el cual contaba con las fuerzas villareñas que operaban a sus órdenes en territorio camagüeyano. La falta de armas y municiones impidió llevar a vías de hecho el plan invasor.

El 11 de mayo de 1873, cayó en los campos de Jimaguayú cuando se disponía a enfrentarse al enemigo. Su cadáver fue recogido por los españoles, que lo condujeron a Puerto Príncipe, donde fue expuesto en el hospital San Juan de Dios para su identificación y posteriormente al cementerio, en cuyo lugar fue incinerado, como si con ese ensañamiento pudiera destruirse el ejemplo de valor e intransigencia revolucionaria del combatiente que abandonó sus afectos, comodidades y riquezas para entregarse de lleno a la lucha por la independencia de su Patria.

GUSTAVO SIED NIEVES

...¿Y aquel del Camagüey, aquel diamante con alma de beso? Ama a su Amalia locamente; pero no la invita a levantar casa sino cuando vuelve de sus triunfos de estudiante en La Habana, convencido de que aún tienen todavía mejillas aquellos señores para años: "no valen para nada! para nada!" Y a los pocos días de llegar al Camagüey, la Audiencia lo visita, pasmada de tanta autoridad y moderación en abogado tan joven: y por las calles dicen: "¡ése!"; y se siente la presencia de una majestad, pero ¡no él no él!, que hasta que su mujer no le cosió con sus manos la guajira azul para irse a la guerra, no creyó que habían comenzado sus bodas...

<sup>1</sup> Martí, José, Cespedes y Agramonte, en *la Revolución de 1868*, p. 250, Instituto del Libro, 1.ª Habana, 1968.





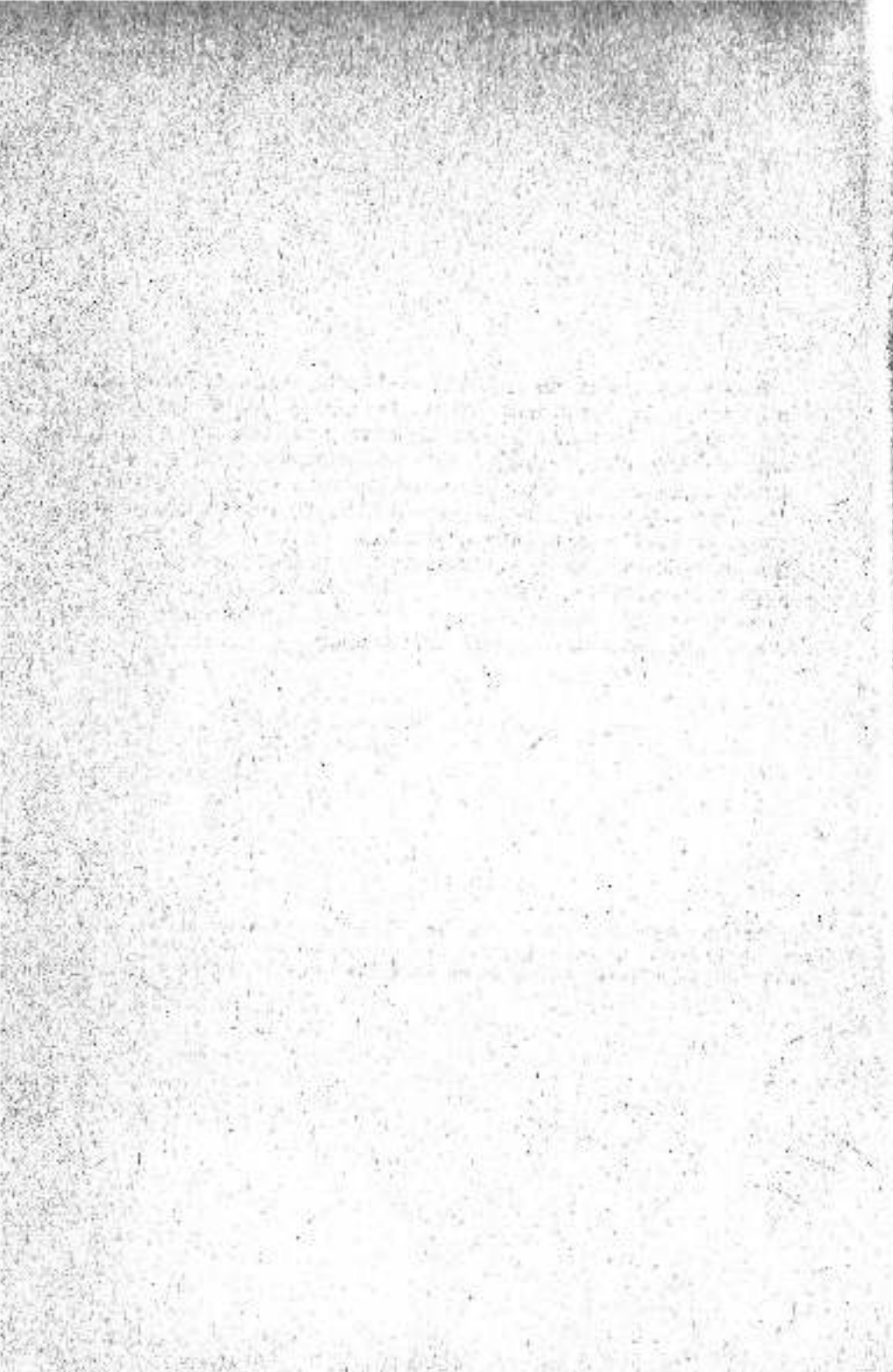
## PRIMERA PARTE

1867

...El bien que me hacen tus cartas es inexplicable, Amalia mía; yo no puedo expresarte lo que siento cuando en ellas leo que nadie me idolatra como tú, que a nadie le hace tanta falta mi cariño como a ti; una protesta tuya de amor, Amalia, siempre produce el mismo efecto que la primera que de tus labios oí o que la primera vez que pude comprender que me amabas: nunca encuentro habituadas a ellas las fibras del corazón, siempre la acojo y me colma de gozo como si antes ignorara que me amases. Si, bella mía, quisiera oírte decir incesantemente como no es posible querer a nadie más, y que te es necesario mi cariño que excede a todas; cuya inmensidad no es posible exagerar y que desafía por su duración a la misma muerte, como por su constancia a las mayores contrariedades...

Ignacio a Amalia  
Octubre 3 de 1867<sup>2</sup>

<sup>2</sup> Todos los textos de las cartas de Ignacio Agramonte utilizadas en este libro han sido tomados de la obra Betancourt Agramonte, Eugenio, *Ignacio Agramonte y La Revolución Cubana*, Apéndice No. 1 (respetando la ortografía del autor). Dorrbecker, La Habana, 1928.



Todos los días, en cualquier parte del mundo, un muchacho y una muchacha se enamoran y se aman. Y, allá, por el año de 1866, en el viejo Puerto Príncipe (Camagüey) un joven de 25 años, nativo de esa ciudad, estudiante de Derecho en la Universidad de La Habana y que siempre viene a pasar sus vacaciones junto a los suyos, se reencuentra muy a menudo con una muchacha que por algunos años había dejado de ver, y que ahora es una hermosa dama que causa singular admiración en todos. Se ven en las fiestas del San Juan, en la celebración de veladas y tertulias de los amplios patios camagüeyanos o en salones donde concurren personas de aquella sociedad.

Se sabe que "...era alto, delgado, muy pálido —no con la palidez enfermiza, sino más bien, así podemos pensarlo ahora, con la palidez de fuertes energías reconcentradas—; su cabeza era apolínea; sus cabellos castaños, finos y lacios; sus pardos ojos velados (...) su boca 'pequeña y llena' (...) y sombreada apenas por fino bigote; su voz firme..."<sup>3</sup> Él pensaba sin cesar en aquellos ojos azules de tono acerado que tenían el poder de cautivar; el labio inferior hacía juego con una boca grácil, siempre dispuesta a sonreír, lo que encuadraba en un pelo profundamente oscuro y destacaba la línea mórbida de sus hombros delicados... En esta figura a la sazón ideal de mujer existía un intelecto de amplia cultura y esmerada educación, no muy usual en las mujeres de la época. En ella sobresalía una deliciosa voz de soprano, cualidad que encausó estudiando música (canto y piano). Además, conocía varios idiomas que hablaba a la perfección: francés, italiano, inglés. En el tiempo a que hacemos referencia Amalia había regresado de un largo viaje por Europa y América, donde visitó, con su familia, alrededor de 800 ciudades durante cinco años.

<sup>3</sup> Castillo de González, Aurelia, *Obras completas: Ignacio Agramonte en la vida privada*, Escritos. Tomo II, p. 108, Imprenta El Siglo XX, La Habana, 1913.

ni el artificio, y mucho menos la veleidad exhibicionista; por el contrario, un modo de ser con naturales cualidades, una notable inteligencia y cultivada educación. Esto conjugado con el hombre respetuoso de una gran entereza permitieron amar a estos seres.

## II

Solamente ocho años de sus vidas, a lo sumo, va a compartir esta pareja. Pero esta convergencia —desde el primer momento hasta el mismo final— estará colmada de intensa dicha, de íntima adhesión, de mutua adoración. Todas las ternuras, delicadezas, atenciones, van a estar coloreadas por una vehemencia constante que perdurará siempre. Y nos atrevemos a afirmar que ni la más ligera nube empañará la fuerza de la sinceridad y el dulce carillo de estos amantes.

El hecho de que sus estudios y los negocios relacionados con su carrera mantengan a este hombre lejos, en la capital, a casi seiscientos kilómetros del ser que adora, es un motivo constante de grandes inquietudes espirituales y de emociones indescriptibles. Las cartas que se cruzan a menudo, desde La Habana al Camagüey y viceversa, están impregnadas de un fuego amoroso que cada día se atiza más y permanece desafiante imperando contra el tiempo y la distancia.

Ignacio comenzará a visitar a Amalia en su casa. Mientras se halle en el Camagüey, como cuando venga a La Habana, saldrá en seguida de su casa de la calle San Juan No. 18 (hoy Avellaneda 63) y seguirá por la de Soledad (que hoy lleva su nombre) en un caballo o en coche, conducido este último por un calesero; tomará la calle Mayor (hoy Cisneros), doblará por el camino de tierra de Santa Ana (hoy General Gómez) y se dirigirá plena de entusiasmo a la quinta de los Simón (que se hallaba frente a lo que es hoy Plaza de La Habana) para visitar a su amor. Este será siempre su más feliz recorrido.

## III

Este hombre cumplirá con todos sus deberes: estudios, trabajos, familia, por lo que llevará normalmente el desarrollo de su vida, mas, no dejará un instante de brindar todo el caudal de sus energías afectivas al objeto de su amor que anhela y que ama como nunca él imaginó.

Las razones que prueban nuestras apreciaciones se afirman en las cartas escritas primero a su novia y luego a su esposa. Desde Puerto Príncipe a La Habana, desde las Minas a Jimaguayú, esta vida todo corazón, nos va dando las pulsaciones de la ancha pasión de sus actos, hasta llegar a la cresta definitiva, a la cima de luz que renató su obra inmortal.

En sus epístolas amorosas descubrimos y comprobamos los latidos profundos que animaron siempre sus sentimientos. En más de un centenar de cartas que han quedado, para damos un testimonio penetrante de este hombre, están de



Puerto Príncipe en los años de la década del 60 del siglo pasado, ciudad antigua y lejana, de calles tortuosas, sembradas de casas gachas y contrahechas, festonada de tejas y aleros y ventrudos tinajones... Profusión de plazas coloniales e iglesias aderezadas de monótona religión junto al murmullo del Tinima y el Hatibonico.

Camagüey, tierra de trabajo duro; tierra del esclavo bajo el estigma del ganadero y el colono sobre las anchas sabanas en parte atropelladas de cañas, y acribilladas de sol... Alfombra vegetal y hosques de frutos tropicales... Campos y pastos de bueyes, cerdos y caballos... Florecientes industrias artesanales, emporio de mieles y de cera... Alegría de las fiestas del San Juan, veladas de la Filarmónica y ferias de la Caridad...

Inquietud, expectación y rechazo ante un gobierno opresor y tiránico donde pugnan y se enfrentan las ideas del reformismo, separatismo, anexionismo, independentismo y el abolicionismo.

Edificios blancos por la cal, que guardan sus llantos y sus penas, alegrías y sonrisas... Miseria que se arrastra por las calles tristes y enlodadas...

¡Puerto Príncipe! ¡Camagüey! ¡cuántas cosas tienes que decir de tus garitos y billares! De tus onzas de oro que danzan en los tapetes y se acumulan y se escapan por las oscuras calles olvidadas... De tu camino de hierro tantas veces ahorado. Cuadro multifacético que presenta un siglo de luchas y esperanzas... Horizonte donde ya se perfilan los nubarrones de la guerra, desesperación y muerte... Década definitiva para los criollos; sangre que correrá buscando mejores porvenires...

A estos jóvenes, Ignacio y Amalia, la vida de aquellos días los va acercando cada vez más. El no verse constantemente se les hace insostenible. Las miradas, los breves monosílabos, la añoranza continua, la alegría desesperante, inconformidad, nerviosismos, timideces, en fin, las características del amor van a ir dando forma a este raro poema. En las cosas del amor, aparejada a la dicha, siempre va la tristeza, y esta necesidad de verse y oírse se hace palmaria a cada minuto, a cada segundo del tiempo que corre sin detenerse, y el único lenitivo será definir la situación creada al saberse amado uno del otro.

Pequeños obstáculos se presentan y es la oposición del padre de la novia a estas relaciones. El doctor José Ramón Simón, es de suponerse, como todo padre de su tiempo, quería lo mejor para sus hijas. Y es el propio novio quien invita a almorzar al reacio padre, y le habla con significativa elocuencia y palabra honesta, y lo convence del grande amor que siente por su hija. El padre queda admirado del joven, de su sencillez, de su sinceridad y sus ideas, y da el consentimiento a las relaciones formales de los enamorados.

A estas alturas, ambos se habían compenetrado en sus recíprocas observaciones. El pudo ver en ella un carácter libre de frivolidades, no encontró ni la pose

<sup>1</sup> Sobre este particular se hace alusión en la carta marcada con el número dos que le escribe Ignacio a Amalia, donde en otras cosas le dice: "...No quiero el sacrificio de mostrar hasta la cédula de tu padre, por evitarme el menor disgusto, aunque agradezco con toda mi alma el sentimiento que inspira tal ofrecimiento. Compátele siempre, y cuando para hacerlo te veas en conflicto entre su voluntad y mis convicciones o las consideraciones que creas deberme, háblame para ponerme de acuerdo con él..."

ni el artificio, y mucho menos la veleidad exhibicionista; por el contrario, un modo de ser con naturales cualidades, una notable inteligencia y cultivada educación. Esto conjugado con el hombre respetuoso de una gran entereza permitieron aunar a estos seres.

## II

Solamente ocho años de sus vidas, a lo sumo, va a compartir esta pareja. Pero esta convergencia —desde el primer momento hasta el mismo final— estará colmada de intensa dicha, de íntima adhesión, de mutua adoración. Todas las ternuras, delicadezas, atenciones, van a estar coloreadas por una vehemencia constante que perdurará siempre. Y, nos atrevemos a afirmar que ni la más ligera nube empañará la fuerza de la sinceridad y el dulce cariño de estos amantes.

El hecho de que sus estudios y los negocios relacionados con su carrera mantengan a este hombre lejos, en la capital, a casi seiscientos kilómetros del ser que adora, es un motivo constante de grandes inquietudes espirituales y de emociones indescriptibles. Las cartas que se cruzan a menudo, desde La Habana al Camagüey y viceversa, están impregnadas de un fuego amoroso que cada día se atiza más y permanece desafiante imperando contra el tiempo y la distancia.

Ignacio comenzará a visitar a Amalia en su casa. Mientras se halle en el Camagüey, como cuando venga a La Habana, saldrá en seguida de su casa de la calle San Juan No. 18 (hoy Avellaneda 63) y seguirá por la de Soledad (que hoy lleva su nombre) en un caballo o en coche, conducido este último por un calesero; tomará la calle Mayor (hoy Cisneros), doblará por el camino de tierra de Santa Ana (hoy General Gómez) y se dirigirá pleno de entusiasmo a la quinta de los Simóni (que se hallaba frente a lo que es hoy Plaza de La Habana) para visitar a su amor. Este será siempre su más feliz recorrido.

## III

Este hombre cumplirá con todos sus deberes: estudios, trabajos, familia, por lo que llevará normalmente el desarrollo de su vida, mas, no dejará un instante de brindar todo el caudal de sus energías afectivas al objeto de su amor que anhela y que ama como nunca él imaginó.

Las razones que prueban nuestras apreciaciones se afincan en las cartas escritas primero a su novia y luego a su esposa. Desde Puerto Príncipe a La Habana, desde las Minas a Jimaguayú, esta vida todo corazón, nos va dando las pulsaciones de la ancha pasión de sus actos, hasta llegar a la cresta definitiva, a la cima de luz que remató su obra inmortal.

En sus epístolas amorosas descubrimos y comprobamos los latidos profundos que animaron siempre sus sentimientos. En más de un centenar de cartas que han quedado, para darnos un testimonio penetrante de este hombre, están de

manifieste su nobleza y su brillante personalidad. Por otra parte, es lástima que hoy nos veamos privados de conocer los sentimientos (aunque lo adivinamos) que concordaron con los de él al no haber quedado como prueba irrefutable de esta verdad ninguna de las cartas que ella contestaba a las de él. Después de haber buscado infructuosamente en distintas fuentes, concluimos como muy posible que las cartas de Amalia hubieron de desaparecer con él al caer en el campo insurrecto. Esto no impide equilibrar nuestra juicio de estas personalidades. A lo mejor, quizás, un día aparezcan en algún lugar estas valiosos documentos que equivalen a vitales ramificaciones en la armazón de los hechos ocurridos de una parte de esta historia.

#### IV

En estas cartas a Amalia se adivina —cuando leemos cientos y cientos de líneas, los pormenores íntimos de sus sentimientos— un ser sencillo con gran sentido del deber y una alta responsabilidad en todos sus actos junto a la falta de un hombre de definitiva vocación. Pero detrás de todo este bagaje hay un nido tierno que se entrega a través de cada pensamiento que escribe a la mujer que ama y que ha venido a traer la felicidad a su vida. A veces en apretada síntesis o en dilatados párrafos, le habla con la dulce torpeza de un infante, con el frenesí del púber, o la agonia de un desesperado de todo lo que sacude su amorosa corazón en un inmenso romanticismo.

Por ejemplo, en la carta sin fecha, numerada con el dos, leemos

... No puede disminuir mi cariño hacia ti por ningún motivo. Anoche como ahora, y como siempre, mi amor es infinito y toda mi dicha se cifra en tu felicidad; daría toda la que yo pudiera disfrutar por un solo momento de contento para ti; saborearía los mayores dolores con placer para ahorrarte el más insignificante de los tuyos...

Cada carta que escribe, casi siempre en intervalos de dos, tres o cuatro días, a veces de pocas horas (estas se suceden unas tras otras) venimos el ansia punzante de afirmar a Amalia los sentimientos que lo invaden y lo agitan constantemente, sacudiéndolo una y otra vez. En enero de 1867, entre otras cosas le dice lo que sigue:

Yo no esperaba tan pronto el placer de recibir carta tuya, y cuando llegó a mis manos la que me escribiste el 11, la sorpresa me llenó de regocijo. Sí, Amalia de mi vida, eres mi único delirio; a nadie, a nadie amo tanto como a ti. Jamás lo dudes. Me siento tan dichoso amandote y siendo el

<sup>5</sup> Sólo conocemos una, que citamos al final de este libro, y que aparece publicada en Betancourt Agrarino, Eugenio, *ob. cit.*, presuntamente la última que le escribió desde Mérida con fecha 30-4-73, y que el nunca recibió.

objeto de tu amor. Después de recibirla ya no recuerdo la dolorosa separación, la tristeza ha disminuido y me parece oír tu voz. Eres muy buena, Amalia; algunas horas después de dejar yo el Príncipe ya me escribías; esto lo agradece el alma que quiere.

No vuelves a quedar sola otra vez, como dices: allá te acompaña mi pensamiento que nunca te deja, mi amor está contigo; allí tienes mi alma. Nunca mientras viva yo estarás sola, que nunca dejará de acompañarte...

Para él, cada carta, es como si el amor hubiera presencia a través del papel y la grafía, entonces, la saudade de su soledad se calma. Ella, también, como toda enamorada, le reclama tiernamente su tristeza y su aislamiento en el Príncipe, y él la consuela, como en la carta de abril del mismo año que le escribe:

Mi idolatrada Amalia: sólo han transcurrido algunas horas desde que nos separamos; el desierto me rodea en medio de la populosa Habana, porque no estás en ella; el pensamiento mío nada encuentra aquí y te sigue incesantemente en tu viaje. Sin embargo, Amalia mía, no estoy triste, porque no quiero que tú lo estés, porque te he ofrecido dirigir mis sentimientos como mis acciones de la manera que te sea más grata, y tú descas que yo esté contento. La separación fue harto dolorosa, ésta la escribo en esos momentos de la noche que acostumbraba a pasar deliciosamente a tu lado; mas ¿qué importa? Yo quiero alejar el dolor, y la voluntad, cuando se ama tanto como amo a mi Amalia, tiene un poder irresistible. Pienso continuamente en tí, pero pienso en que abril y mayo pasarán; pienso en la tarde en que te volveré a ver, gozo figurándome que ya tu mirada se fija en mí con ese encanto indecible que tiene, me parece que siento otra vez el efecto mágico de tu sonrisa celestial y espero con júbilo oír tus palabras, tu voz. Sí, Amalia: yo debo ser feliz aun en estos momentos, porque tú me amas mucho, mucho [...] La ausencia tendrá un término, y entre tanto cada vez que te acuerdes de mí puedes asegurar que mi pensamiento está fijo en tí, y cuando por las noches mires las estrellas, seguramente también yo las contemple figurándome que brillan más porque tú las miras...

Apenas tres días de haberle escrito esta carta y ya en otra fechada el 4 del mismo mes la requiere con nostalgia:

¡Háblame siempre de todo: escríbeme mucho, y no olvides que cuanto tiene relación contigo, por insignificante que te parezca, tiene para mí un gran interés [...] Dime si aun la palma de la derecha sigue mustia y apesadumbrada como aquella noche que la contemplábamos desde el jardín; si la fuente no te parece recordar la vuelta de aquel paseo que jamás se borrará de mi mente; si te acuerdas mucho de mí; y cuéntame todo lo que piensas y cuanto sientas. ¿Es mucho pedir? Sin embargo, Amalia mía, para mí que

tanto te amo me parece muy poco: quisiera estar en tu pensamiento y sentir contigo cuanto te impresione en cualquier sentido

Los detalles más insignificantes e ingenuos son poderosos estímulos que alimentan constantemente, con su fluir, este gran amor. Qué fácil para ella recordar y recordar cuantos incidentes ocurrieron en los instantes en que han estado juntos, porque los tiene muy cerca; pero, para él, estos recuerdos, estas rememoraciones, equivalen a doble esfuerzo, debido a que tiene que imaginárselas, estando tan lejos del lugar de los hechos, y sin embargo, con qué plasticidad materializa a través de sus palabras todos esos momentos que le son tan queridos.

## V

A veces se desespera, cuando las cartas de Amalia no son lo constante que él quisiera: y no se debe a que ella no le escriba, sino que mayormente lo motiva la lentitud de las comunicaciones de entonces. El correo se enviaba a los barcos de cabotaje a los principales puertos de la Isla que hacían su travesía desde La Habana; y por tierra, en caballos con alforjas, pero se prefería la ruta marítima por ser en gran modo la más rápida. Y cuando el silencio se prolonga, no por culpa de ellos, él se impacienta. En la de fecha 11 de abril, escrita en el pueblito de San Diego, le reclama:

Hace once días que nos separamos; me hace falta leer tus cartas ya que no puedo oírte. No saber de ti tanto tiempo, aumentarse mi soledad y hacerse más insostenible sin cartas tuyas después que no pasaba un día sin verte en aquel mes tan venturoso, es una situación muy amarga. Cada día que comienza me halaga con la esperanza de leer tu carta ansiada, y cada día que termina me deja ansioso deseando la llegada de otro en que vuelva a nacer la esperanza. Bien sé que habrás escrito, pero o has tenido algún impedimento para hacerlo al día siguiente de tu llegada, o ha encontrado tu carta un obstáculo en el correo. Una y otra circunstancia me llenan de dudas y me son desagradable. Ojalá lleguen las mías (esta es la tercera) y tú tengas con ellas motivos para estar tranquila. No dejo de pensar un solo momento en los medios de apartar de ti todo disgusto. Si me fuera posible lograr que estuvieras siempre alegre y que el gozo no saliera jamás de tu pecho, quedaría satisfecho de mi deseo más ardiente en la vida.

He venido a este pueblo de San Diego durante estos días festivos porque me tenía fastidiado un dolor neuralgico en la cara, débil, pero tenaz, a consecuencia, según parece, de tres calenturas que me dieron en días pasados y que desatendi del todo juzgándolas de poca importancia y como



simple anuncio de algún catarro. Enrique<sup>4</sup> y un facultativo me aseguraron que aquí desaparecería. Me figuro que el remedio surtió su efecto antes de aplicarlo, pues desde que salí de la Habana no he vuelto a sentirlo...

De esta manera le cuenta a su amada los pormenores de su vida de estudiante y trabajador, practicando en el bufete de Antonio González de Mendoza en la capital, y todas las incidencias que le ocurren, lo que hace, lo que piensa, en fin, le narra con exactitud sus movimientos, para que ella se sienta feliz, a la vez que lo es él, además, porque ella lo hace también en su reposada vida en el Príncipe, en su casa de la quinta Simón. Su fidelidad es grande.

Para Ignacio las cartas de Amalia tienen un significado determinante y fundamental, además de su como la presencia del ser querido, son el alimento en la lejanía de sus ilusiones románticas y la pasión profunda de su amor. Miles de recuerdos lo abrumaban al mismo tiempo que se deleita con ellos. Los más caros son para él de la casa de Amalia. Allí, en la quinta Simón, donde siempre que puede para tardes inolvidables junto a su amor. La atmósfera del ambiente agreste lo colma de ensoñación. Las palmas queridas que adornan el lugar y que tanto significarán para la patria desde que las cantara el bardo Heredia; el flamboyán teñido de púrpura; los árboles frutales; el murmullo de la fuente...

En la carta del 13 de abril, desde el mismo San Diego, le dice

Mi dulce y encantadora Amalia: anoche tuve el placer de recibir las tuyas del 4 y el 6 del corriente. Es para mí una dicha saber que te encontrabas bien en aquellos momentos, aunque siempre con la tos, y leer tus pensamientos allí expresados. ¡Cuántas veces al recorrer tus renglones me figuraba oírte pronunciar las palabras que me dirigías! Todavía las vuelvo a leer a cada momento, y gozo, porque me parece que entonces estás cerca de mí. Siempre miraré como un feliz acontecimiento recibir una carta tuya; pero recibirla anoche, cuando hacía doce días que no te veía, y tanto la había esperado, me parecía la ventura más completa, si no tuviese muy presente el día que nos volvamos a ver, y sobre todo, mi ideal querido, el instante en que unidos para siempre podamos decir: no más separación...

En la misma carta hace alusión a un asunto que es muy natural en la mayoría de los novios de todos los tiempos, y son esos juegos caprichosos y divertidos en provocarse algún tipo de celos. Ligeras inquietudes, con el fin de renovar el interés mutuo a lo que ellos llaman graciosamente "tecundé":

...Me dices en una de tus cartas que esperas que yo esté bien, y no te equivocas, sígo perfectamente: que me cuida mucho, y puedes confiar en ello: que no te dará motivos para el tecundé y como respecto a esto no tengo la conciencia muy tranquila, te voy a confesar mi pecado. Has de saber que anoche recibí una carta de una muchacha que junto con las tuyas me

<sup>4</sup> Se refiere a su hermano menor, Enrique, que lo acompañaba también como estudiante en La Habana.

mandaron de la Habana: es también camagüeyana; y en honor a la verdad, te digo que la quiero mucho, aunque no como a ti; me dice que tiene ganas de que yo vaya a verla y también yo lo deseo [...] ¿Quieres más para el tecundé? Pues allá va [...] La carta es de Panchita mi hermana que me habla mucho de ti [...]

Y en seguida se apresura a decirle:

Me alegro; que te desbaraté el tecundé. Todavía no comprendo por qué tienes ese marcado empeño en persuadir a tus padres de que yo te quiero casi tanto como tú a mí, no contentándote con decirselo. Lo que debe importarte mucho es saber tú que te amo entrañablemente: que tú eres el único objeto de mi idolatría; que fuera de ti no hay para mi corazón más que eterno y enojoso vacío; que tu cariño es tan indispensable a mi alma como el aire a la vida; que sólo pienso en tí, que sólo siento amor hacia tí, que sólo quiero a lo que a tu bien se dirige; que las horas más felices de mi vida son las que he pasado a tu lado; y que las palabras más deliciosas que han resonado en mis oídos han sido las tuyas cuando me ofrecías un amor grande y constante; —y sobre nada de esto puedes, Amalia del alma, abrigar la más ligera duda. Respecto del casi subrayado antes, protesto. No, Amalia, mil veces no; yo no te quiero casi como tú a mí. Si quieres tener una idea (ya que no una medida, porque no la admite) de mi amor, multiplica el tuyo, que me figuro que es grande, por la inmensidad del espacio y por la eternidad del tiempo y su resultado te la dará. No quiere ni se inquieta una madre por el hijo que contempla en sus brazos como yo por ti, ni concibe amor alguno que alcance la intensidad y vehemencia del mío. ¿No lo crees tú, Amalia querida? [...]

Y sigue en la misma carta contestando los requerimientos de su amada:

¿Que si me cuesta mucho no verte siquiera todas las noches? Y ¿cómo no ha de ser así, Amalia mía, si tú eres mi bien y a tu lado he encontrado un mundo nuevo, de dichas, que yo no conocía y que sin ti desaparecería; si tus palabras tienen un encanto delicioso que en vano buscaría lejos de tu lado? Mas fuerza es esperar a Junio y con afán incesante lo aguardo. ¡Qué días vamos a pasar eufónicos, Amalia!...

En esta carta reveladora, rica en facetas, que descubre aspectos de las emociones de estos personajes, el último párrafo nos pone de manifiesto la integridad absoluta del que será El Mayor. Es un atisbo de lo que vendrá. Pero, veamos:

...En una de tus cartas leo estas palabras: "Tu deber antes que mi felicidad es mi gusto, Ignacio mío". Y como no amarte si eres tan grande, si tan elevado es tu corazón. Sí, Amalia, me siento arrastrado hacia ti porque se

ama lo bueno, y se adora lo bello. Sin embargo, yo te aseguro que vacilaría si alguna vez encontrara tu felicidad y mi deber frente a frente; creo que ya te lo dije en otra ocasión. Ojalá nunca se encuentren. Adiós, mi Amalia; hasta otro día...

## VI

Pero a pesar de todo ese amor que se nutre día a día del objeto que ama, y que rebosa de dicha hasta la embriaguez alimentado por las emanaciones del amor de ella, surgen como cosa natural los mutuos reproches que sólo tienen el fin de avivar aún más la llama. En la carta del 17 de abril la amonesta:

Me dices que eres feliz y tienes valor para sufrir algunas cosas que no podrías sin la seguridad que tienes de mi cariño. ¿Por qué me hablas así. Amalia, y no me dices todas las cosas que tienes que sufrir? Yo quiero que me las expliques, y te ruego que nunca dejes de contarme todo lo que te interese agradable o desagradablemente. Me lo has ofrecido, y es lo justo. Tú eres mi compañera de angustias y placeres, nada que me impresione en cualquier sentido te oculto; y yo quiero también ser tu compañero, no estar triste cuando tú gores, no gozar cuando llores tú. Si nuestras almas se quieren y nosotros las ligamos, justo es que corran la misma suerte. Cuéntamelo todo, te lo suplico...

Seguro estamos que esta separación debió apesadarlos muchas veces. A pesar de los reiterados juramentos, la constante fidelidad, la incertidumbre y el ansia porque el tiempo volara, porque los días se convirtieran en una, debió atormentarlos en muchos instantes. Esta inquietud y desazón se manifiestan en distintas cartas de aquellos meses. Miremos un fragmento de la del 25 de abril:

...Los días transcurren lentamente y las horas son muy largas. ¡Junio no llega! [...] Cuando aquí salgo al campo y tomo alguna flor me es tan triste no poder ofrecértela y contemplarla en tus cabellos negros. Los amigos que conmigo salen también cojen flores: las suyas las traen contentos a alguna amiga; las mías son deshojadas en el camino o vienen a morir a mi mesa porque no pueden hacer en tu cabeza y no deben adornar otra. Si veo dos palmas unidas que entrelazan sus pencas cariñosamente, me acuerdo de las que contemplábamos desde tu jardín. Tienen la felicidad que no disfrutamos nosotros de estar siempre unidas. Si el viento las mueve, mueve a las dos. El campo hace más crudo los tormentos de la ausencia. Todos sus encantos, todas sus bellezas... ¡qué delicia a tu lado! Lejos de ti hacen sentir más la soledad y las exigencias del cariño. El bullicio de una ciudad populosa siquiera atarde un poco [...] Voy a esperar el correo y a estar pendiente del telégrafo...

Y en carta del 3 de mayo le dice entusiasmado:

Un mes, sólo un mes, mi encantadora Amalia, nos queda de separación...

Hace alusión a las vacaciones que pasará en el Camagüey. Por otra parte, ella teme, a lo mejor, que "su" Ignacio en algún momento la olvide, y se cruce en su camino cualquier muchacha que logre conquistarle o interesarlo al menos, y él, se apresta a decirle la verdad sobre un supuesto problema de esta índole, precisamente en esta carta de mayo:

...Lo más curioso es que me haces la indicación a propósito de tu encargo de no preñar me de alguna habanera olvidándote. En cuanto a esto último ¿puede una habanera ni otra mujer en el mundo que valga lo que tú, que como tú sepa, sólo con una mirada o con una sonrisa, exaltar mi corazón y colmarlo de dicha? Una Amalia, nada más nació, y es el único ángel capaz de embellecer mi vida.

Me preguntas si veo cuanto te diviertes porque vas al Casino algunas tardes y otras al paseo. Siento que una cosa y otra sean tan poco divertidas, porque me gusta que procures estar contenta, quisiera que para ti todo riera, que todo fuera color de rosa, que la vida apareciera ante tus ojos como un jardín delicioso, que tú, mi aurora, siempre fueras alegre. ¿Qué orgulloso se pondrá el Casino cuando en su seno vea derramar sus gracias la flor más fragante y bella del Camagüey!...

Vemos en cada carta cuánto se da este amor, porque sus raíces son profundas y por ellas fluye la savia de un legítimo sentimiento. ¿Es explicable esto? ¿Alguna vez en nuestras vidas hemos sentido con tal fuerza, con tan avasalladora energía? Seguro que muchos sí, aunque sea una vez estos estados espirituales, estas sensaciones absorbentes, estas crisis acendradas... Y este hombre arde en una llama inexplicable, en un arrebato constante. En la carta de mayo 8 le dice:

...Lo primero en el mundo para mí eres tú, y mi ocupación más importante, y más cara es pensar en ti. Es que cuando más cosas tengo que decirte me desespera y me cansa que la pluma no pueda seguir el pensamiento en su rápido movimiento; los sentimientos y las ideas se quedan y se atropellan los unos a los otros sin que lleguen a tí. ¡Ay, si los llevara el viento! ¡Cuántas cosas tengo que decirte, mi Amalia, cuántas! ¡Si tú supieras cómo el corazón te adora, cómo mi pecho se abrasa y arde por ti, sólo por ti, siempre por ti!...

Ellos no podían olvidar los acontecimientos ocurridos desde que se amaron y lo felices que habían sido en sus encuentros en las salas de las amplias casonas camagüeyanas. Ella, cantando las bellísimas arias de ópera que conocía y

provocando la admiración de todos; él, muchas veces recitando, con su bien timbrada voz, uno de sus poemas preferidos: "El canto del cosaco" de José Espronceda:

*... ¡Hurra, cosacos del desierto! ¡Hurra!  
La Europa os brinda espléndido botín.  
Sangrienta charca sus campañas sean...*

causando una excelente impresión en todo el que lo escuchaba. Por eso, en la misma carta del día 8 le reprocha:

*... Dime, Amalia, ¿cómo haces para derramar en tus cartas ese encanto inefable que siempre tienen? Ojalá sea que el sentimiento las escribe. Nada encuentro comparable a ellas. Me dices que te escribe Matilde desde el campo y te desea que seas tan feliz conmigo como lo es ella con Eduardo. Me parecería mezquina nuestra felicidad si fuera comparable a otra en la tierra: yo quiero para ti, así como para mí, una dicha suprema que la imaginación me presenta; algo muy superior a todo lo que en la vida se ve y que sólo la he sentido tocando la realidad, algunas ocasiones que estando a tu lado te oía...*

## VII

Todas las cartas del mes de mayo y las dos primeras semanas de junio, van a tener la misma tónica, el mismo ritmo in crescendo, a medida que se acercan los breves días en que estarán juntos, con motivo de las vacaciones de él. En la carta de mayo 13 vuelve a su desesperación:

*... Si fuera posible que en determinada ocasión me devorara más de lo que constantemente sucede el deseo, el anhelo insaciable de verte, las horas de este día me las hubieran presentado. Hay veces que en el cielo, la atmósfera, cuanto a uno le rodea, ejercen tal influencia en el espíritu, que le obligan a reconcentrarse en sí mismo, a examinar y estimular sus sufrimientos, complaciéndose en saborear la amargura del dolor. Yo no tengo al presente más que una pena, la de estar lejos de ti; pero es aguda y no puedo acostumbrarme siquiera a llevarla con resignación [...]*

Será junto a ti el mes de las flores; para mí será el mes de la felicidad. lo bendiciré como bendigo la hora en que te amé, como bendigo cada instante en que he oído una protesta amorosa de tus labios...



En la carta de mayo 25, sus palabras sorprenden, son contundentes, y nos dan una idea de lo que es capaz este amor:

...Te debo más, Amalia de mi vida, que a quien me dio la existencia, más que a todo el mundo. ¿De qué vale esta si se arrastra pesadamente? Tú has convertido en delicioso jardín lo que era un árido desierto. Los hombres condenarán mis palabras; pero los hombres no conocen el amor. Ojalá el mío te dé la ventura que me proporciona el tuyo; ventura imponderable, ventura infinita, ventura que no ha sentido otro en el mundo. Sí, Amalia mía; nacimos para amarnos, nacimos el uno para el otro: juntos por un mismo sendero marcharemos siempre, a la par que reiremos y a la par desafiaremos las tempestades de la vida...

En las siguientes líneas de mayo 27, sus juramentos se amplían a todos los ámbitos en magnífico y conmovedor apóstrofe:

Antes faltará el firmamento y el orden universal que sujeta a los astros entre sí, que faltar al amor que a ti me liga. ¿Cómo podría borrarlo en mi corazón una larga ausencia, si cada día mi pasión me parece más ilimitada y cada vez te presentas más adorable y más digna de un cariño eterno y sin igual? [...] El amor maternal tan decantado y tan lleno de abnegación, y tan grande, es muy inferior al que hay en mi pecho para mi sol, para mi Dios que eres tú. Yo mismo no comprendo hasta donde alcanza, porque me siento capaz de todo, de todo por tí. Quiéreme mucho; quiéreme siempre con ardor, Amalia del alma, y tu Ignacio será el más feliz de los mortales...

Y con tales tormentas en la cabeza, este hombre que lo atiende todo, que cumple con sus estudios y deberes, cuida de su hermano que hace bastante tiempo vive con él, porque también se encuentra estudiando en La Habana. Y en la carta de mayo 31 le cuenta a Amalia:

...Seré breve, muy breve, pues Enrique está desde ayer con fiebre, y cada momento tengo que estarle dando o haciendo alguna cosa. Puedes suponer cuanto trabajo será para hombres solos dar baños de pies, vomitivos, aplicar sinapismos y tantas cosas necesarias a un enfermo. Ayer la fiebre fue bastante alta: llegó a 120 pulsaciones por segundo; ahora sólo tiene 96 y parece que va remitiendo. El médico nos dice que es una fiebre gástrica y espera que pase pronto. Como quiera que sea, ha venido en la época más crítica para Enrique y en que más salud necesitaba, cuando estudiaba día y noche para sus exámenes demasiado próximos. Cada rato pretende que le de algunos de sus libros y me hace reflexiones sobre la necesidad en que está de estudiar. Antes de ayer me hablaba con mucho entusiasmo de su propósito de presentarse a conquistar uno de los premios de Medicina, y ayer casi delirante exclamaba: "¡Qué trastorno!"

Al fin llegaron los días de junio, en que ambos enamorados saborearon la dicha de estar juntos y contarse todas sus cosas, repitiéndose una y otra vez cuánto se amaban. Aprovecharon las fiestas del San Juan para divertirse. Y se sabe que Amalia y su hermana Matilde, en una de esas tardes sanjuaneras, salieron a lucir su belleza y atavíos por las calles del Camagüey en una rica volanta tirada por hermosos caballos y dos circunspectos caleseros. Y que dicha volanta fue escoltada por los apuestos jóvenes: Ignacio Agramonte y su primo hermano Eduardo Agramonte que iban montados en briosos caballos. Todos miraban admirados las parejas y les llamaba la atención un letrero colocado en la parte delantera de la volanta que decía: "Belleza, Nobleza y Riqueza." Así recibieron el aplauso de los que los miraban al pasar.

Pero los días terminaron, y volvió la separación, la distancia y la ausencia; y con ello volvieron las cartas a menudear, como en la de julio 18:

...Pero nó, Amalia mía; no nos entreguemos al sufrimiento; en buena hora lo hagan así las almas débiles que no aspiran a lo grande y que se anonadan con cualquier trago amargo, o a las que desfallecen soñando que luchan con un destino enemigo y superior; mas para nosotros el destino es una quimera; la separación un hecho regular tras del cual vendrán días de felicidad; y sabemos que la grandeza del alma no se ostenta en medio del placer, sino luchando con las contrariedades y haciéndose superior a ellas. Por otra parte, si estaban vacíos nuestros corazones y están llenos hoy de un amor que nos hace felices aun en estos días que más amargos nos parecen, si a través de la distancia viven enlazados y respirando amor ¿de qué nos quejariamos? Nada hemos perdido, todo lo hemos ganado: venga el recuerdo no para amargar la ausencia transitoria, sino a embriagarnos con sus inefables dulzuras y cifrar esperanzas para lo porvenir;...

Describe con minuciosidad sus encuentros en la quinta Simoni, momentos que no puede olvidar al decirle en la carta de julio 24:

...Por las tardes caminas por toda la casa como quien se impacienta de ver que no llega alguno que se espera; y yo, Amalia, cuando oigo las seis, hora en que acostumbraba ir a verte, siento todo lo triste que es estar lejos de tí; entonces me presenta la imaginación agolpadamente, nuestros paseos en el portal, en el jardín, las flores, la fuente, el letrero del álamo, la glorieta, las palmas; todo se presenta en confusión con los atractivos y encantos que se vieron y experimentaron en unos días deliciosos; me parece verte recorriendo las calles del jardín pensando en mí, y deteniéndote a veces ante alguna planta al recordar que de ella tomaste una hoja para mí o yo una flor para tí, o al leer *souviens-toi y toujours* en la corteza de algunos árboles, o el letrero del muro, o que diriges para arriba las nuevas ramas de la enredadera de la glorieta, y gozo con la ilusión, mientras viene la realidad

a decirme que no te veo, que me es dable ahora gozar del placer tan grande de verte y acompañarte en aquellos lugares. ¡Si pudiera pasar contigo esta tarde; una hora siquiera! Aquí yo no tengo mayor entretenimiento, ni gozo mayor que recordar aquellas horas y pensar en ti.

Por otra parte, siempre está atento a todo lo más mínimo que le ocurra a Amalia. En varias cartas le reitera que le cuente todo lo que le suceda, por malo que pudiera ser. En la de julio 27 le pide:

...Según me dices, habías estado atormentada días antes con dolores de cabeza, que no habías vuelto a sentir hacia cuatro días, desde que empezaste a tomar unas píldoras por consejo de Simón y de Eduardo. Nada me habías dicho de eso y tú sabes quiero saber todo lo que te haga sufrir por insignificante que te parezca. Cuando me vuelvas a escribir después que recibas ésta, dime como sigas; estoy seguro de que siempre me dirás la verdad, aunque sepas que me sea desagradable...

Y se repiten sus preocupaciones. En la carta de agosto 6 siguen sus desvelos:

...Aderada Amalia mía, por una de mamá y otra de Panchita tuve la noticia de que sufrías de una irritación en los ojos, causada por las luces de una función a que habías asistido, por cuyo motivo no podías escribirme. Tenía que el mal fuera mayor que el de una simple irritación y la explicación de su causa, como se me daba, no me convenía mucho; comprenderás que alguna inquietud habría de sentir; resolví preguntar por telégrafo, a Eduardo, tu estado actual, y acaba de contestarme diciendo que estás completamente restablecida. Cuidate, Amalia mía; cuidate siempre mucho; no olvides nunca que me lo has ofrecido. No leas ni fijas nunca la vista de noche, ni de día mientras la tuvieras delicada.

En la carta del 8 de agosto le recomienda:

...Preciso es hora de que los cutes mucho, que son mi encanto, como mi delirio es [...] tú lo sabes. Por supuesto que todo trabajo de bordado debe proibirse por mucho tiempo, sin que basta, para hacer lo contrario, trajecitos que se deseen regalar a la niña de Margarita ni otra cosa alguna. Mira, Amalia, puedes cantar cuanto quieras sin que se resientan los ojos... Me parece nite decir: "sí, espéralo." ¡Ah! es una calamidad que tú estés ahora de tu cuenta y no pueda yo macetar hasta oírte cantar. ¡Quien oyera esta tarde, que tiene esa agradable melancolía de muchas que juntos contemplábamos en la quinta, tu voz arrobadora en el aria de La Africana, o en el Beso, o en Julia gentil, o en la bulliciosa y alegre Histoire d'un amant fierabras! O aunque no cantaras, estar a tu lado, y aunque no habláramos, y aunque no te viera; todavía oyéndote respirar cerca de mí, gozaría extraordinariamente. ¡Cómo vaga el pensamiento!...

Todos estos meses del año 1867, como los diez primeros del 68, son los que tendrán estos amantes para vivir felices con su cariño hasta lo infinito, por tanto, esto será el único tiempo. Firme a toda prueba, este amor marchará venciendo las dificultades, siempre en un canto a la vida, en una gran victoria del corazón.

Después del lapso apuntado cambiara abruptamente la hermosa configuración de este mosaico luminoso. Y tal como la felicidad se ensombreció en ellos, las dificultades harán su entrada y comenzarán a minar todo este mundo de emocionante belleza.

Fijémonos en el siguiente detalle de la carta de agosto 27:

...Como no me es posible ir a verte ahora, te mando de visita, bajo el sobre que cubra esta carta, una amiguita mía, una flor que me diste una noche. Entonces era punzó; hoy está amarilla: parece que también sufre lejos de ti. Sólo de visita te la envío; devuélvemela pronto, que la aguardo con nuevos encantos; y cuando me parezca sentir en ella el reciente contacto de tus dedos, y que la ha reanimado el ambiente que respiras tú; y cuando piense que ella ha tenido el dulce privilegio, que le envidio, de ir a tu lado, la recibiré con doble placer y se me figurará que me había de ti, y que viene impregnada con tu amor...

Nutrido de los distintos recuerdos que avivan sus sentimientos, en la carta del 10 de septiembre le pregunta:

¿Te acuerdas de las tardes de paseos de la Caridad del año pasado y de aquellos bailes en que nadie comprendía lo que pasaba en nuestros corazones? ¿Que pasado tan desagradable si se compara con el presente! ¿Y lo porvenir, Amalia mía? ¿Es para ti tan halagüeño como para mí?

Y en la carta del 23 del mismo mes otro detalle significativo:

...Mientras te escribo estos renglones oigo un piano que tocan en una de las casas vecinas. ¡Cómo me hace recordar a mi paloma arrulladora! Oír un piano y no oír tu voz, y no poderle pedir que cantes, y pensar que estás lejos. ¡Qué tormento, Amalia mía! Ha sido demasiado larga esta separación; confieso mi poca resignación: cada día que pasa sin verte me es más amargo e insoportable. Ni aún vale para disipar esa idea y ese sufrimiento el afán del trabajo en que vivo, y en el cual más y más procuro sumirme...

Según retornando los recuerdos soñados de alegría, eso es un modo y una forma de acercarlos a pesar de la distancia en una transfiguración de ansiedad y placer. Los detalles que se reiteran en la carta del 3 de octubre lo justifica:

...¿Piensas en el placer con que nos volveremos a ver en Diciembre? ¿Qué buena tarde nos aguarda! ¿Te acuerdas del 19 de Julio? Con qué alegría llegaré a Nuevitas pensando que dentro de pocas horas te veré y te hablaré, y con qué afán y ansiedad iré en el tren queriendo que vuele como el pensamiento; pero ¡ay! Amalia, cuando te vuelva a ver, cuando mi vista se encuentre con la tuya... ese será el colmo del regocijo...

Y cuando en la carta del 9 de octubre, recibe dos fotografías que le ha enviado Amalia, su felicidad no tiene límites.

...Con tu carta he recibido dos retratos que me envías. ¡Con cuánta razón los quería yo de cualquier manera que fueran! Como era cierto que podían agradarme, a pesar de que a otros no parecieran buenos! Han venido a dejar a un lado los que antes tenía yo, porque son muy superiores: el pequeño me parece de una identidad completa con el original, y el grande, aunque tiene algunos defectos, tiene la verdad en la expresión, que al mirarlo puedo figurarme qué te ves. Con ellos, Amalia, he hecho una gran adquisición hoy, y no me encuentro tan solo como antes: los he puesto en una de mis habitaciones, y a cada momento los voy a contemplar. ¡Cómo gozo entonces: me miran y creo que esas miradas me revelan tu amor: me parece que te tengo conmigo!

Al pequeño lo he colocado en un punto en que da de lleno la luz y parece que va a hablar: al otro donde no reciba mucha luz, circunstancia que creo le conviene, y allí se me figura ver destacarse a Amalia que va a cantar...

Su emoción bulle en esta carta del 4 de noviembre.

...hace días que recibí tu carta núm. 24 y todavía la leo una y otra vez, y sus palabras me llenan de alegría. Comprendo bien cuánto me amas: no es un amor como el que a ti me arrastra, porque este es singular en el mundo y ninguno puede rivalizar con él, pero sé que el tuyo es grande y superior al que todos ven y conocen en los demás. ¡Llorabas de placer cuando oías a Simón hablar de mí? ¡Quién hubiera estado allí, ángel de mi vida, para enjugar ese llanto adorable! ¡Quién hubiera podido en ese momento una vez más ofrecerte eterno amor y hacerte comprender que la que en realidad es grande y valiosa en tu legado es el sentimiento que sólo tu has sabido inspirarle!...

## X

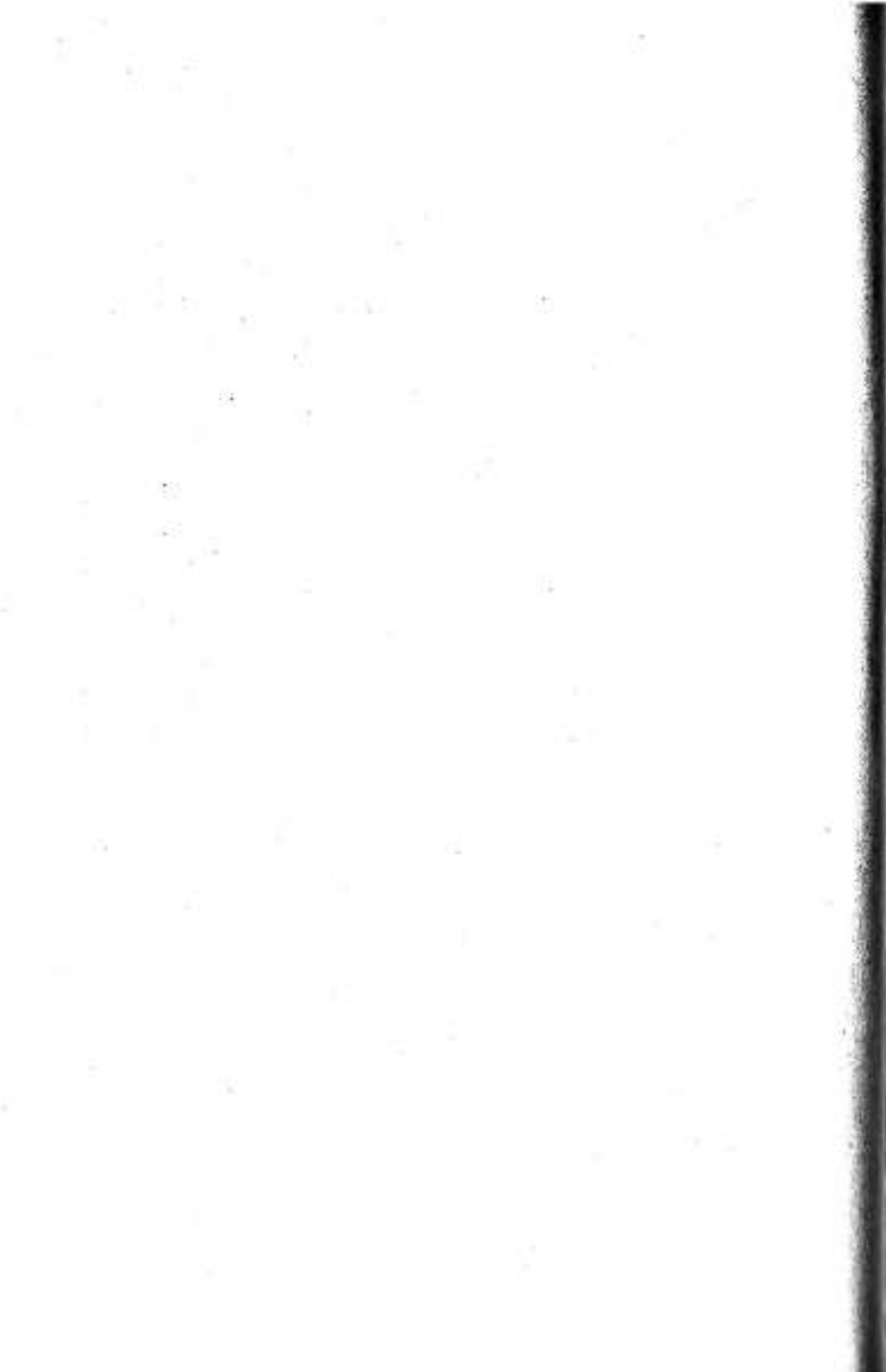
A medida que se acerca el día de volverse a ver las horas, los minutos andan para estos fogosos amantes. En la carta de noviembre 28 le dice:

...Ya expira noviembre, mi dulce Amalia, y se aproxima el día en que volveré a verte y a sentir de cerca tu amor, tras cinco meses de penosa ausencia y de inquieto esperar. Después de tanta anhelo y de tantas horas de soledad ¿cómo se siente la imprescindible necesidad de verte, de oírte, de habértelo!...



1 de diciembre:

... Ya no pienso en otra cosa que en mi viaje y en que pronto voy a verte otra vez: son pensamientos que me asaltan en todas partes y en todas ocasiones, mejor dicho que no se apartan de mí un solo momento; en medio del trabajo un observador que permaneciera constantemente a mi lado sorprendería frecuentes distracciones; prefiero a hablar yo, oír a los demás, y ¡cuántas veces, mientras más empeñado está uno contándome alguna cosa, o explicándome los antecedentes de negocios, pareceré muy atento, precisamente porque el ánimo está absorto en mi amor!...



## XI

Pasan los días acariaciados, en que juntos colman, en la más alta medida, el grande amor que se tienen. Pero en estos casos, muchas veces la felicidad dura poco y retorna la ausencia costumbre que absorbe todos los deseos y esperanzas; y claro está, vuelven las cartas a clamar. Veamos este fragmento de la de enero 25:

... Muchas veces he pensado en esas aves que al nacer se encontraron en un mismo nido, y después no se separan mientras viven, como si sólo existieran para amarse, y muchas veces he envidiado ese perpetuo idilio, y ese amor sin ausencias. Aquí todo me fastidia: la Habana antes bulliciosa y alegre me parece compuesta sólo de comerciantes que se agitan en continuo afán tras un lucro; mi habitación y todas las casas aparecen para mí lóbregas y tristes; las diversiones, necedades que sólo pueden distraer a los que rien de todo: la alegría de los demás, insensatez; todo, Amalia; todo lo que no sea pensar en tí me cansa: parece que hasta el cielo que contemplábamos siempre con algún encanto, aquí pesa sobre mí como un sudario...

Y el sentimiento punzante de amar es como una llama que consume poco a poco, pero en este caso es a la inversa, pues cada vez el tiempo que pasa lo aviva más, y la voracidad del propio tiempo no puede con él sino que lo transforma en vehemencia. La de enero 31 es ejemplo de ello:

...hace ya algunos días, más de lo que regularmente transcurren sin escribirte, que te dirigí mi última carta; pero no puedo acomodarme a decirte sólo que no hay novedad y que continuo gozando de salud como me encargas lo haga cuando me falte tiempo: ni me basta eso, ni me parece que pueda ser suficiente: quiero siempre comunicarte algo siquiera de cuanto

en ti pienso, quiero conversar contigo cuando a ti me dirijo, y ceñirme a no decirte más que estoy bueno y firmar equivalente a decirte adiós solamente si pasase por tu lado ahora. La frialdad de un papel semejante repugna a mi amor. Mil veces me he propuesto escribirte con frecuencia aun cuando fuera muy corto, porque así lo he hecho repetidas ocasiones con mis padres, y he alcanzado el objeto de apartar de ellos toda zozobra y sobresalto; pero contigo, —lo repito—, no me es fácil hacerlo. Siempre que he querido comparar las consecuencias del amor que te profeso con las de cualquier otro cariño, he tenido que tropezar, porque no se parece a ningún otro, y en todas sus manifestaciones y en todas sus exigencias ha de llevar un sello y un carácter especiales que le distinguen...

Y en esta misma carta este párrafo revelador:

...En éstos últimos días (me parece que el 27) recibí tu carta n.º 3. En ella me dices, entre otras cosas, que es imposible que quepa más amor en tu pecho. No vayas a hacerte creer que tu pecho es tan estrecho, a mí que me figuro que es capaz de contenerlo tan grande como lo deseo. No me basta todavía que me idolatres como me dices: quiero más, mucho más, mil veces más. ¿Cómo? me preguntarás. No lo sé, porque todavía desearía más de lo que pudiera expresarte. No concibo mayor cariño que el que me liga a tí, y todavía mayor quisiera el tuyo. Quisiera hacerte comprender todo el ardor de ese deseo y que sintieras su intensidad, como yo lo siento; y sobre todo que así me amases...

Por otra parte, seguramente, hacia algún tiempo que ambos habían hablado y decidido el día de la boda, la unión definitiva. En la carta del 16 de febrero hace alusión a ello:

...En una de tus cartas indicadas me aseguras que cuando no nos hayamos de separar más y a cada momento lens en mis ojos todo el amor que ambicionas, no habrá un solo día de tristeza para tí. Esa seguridad, Amalia, me colma de dicha: no es posible concebir el regocijo y la ventura que rebosaa en mi corazón cuando te veo a mi lado plañentera con la sonrisa en los labios...

Y en la de febrero 26 le dice entusiasmado:

...Se aproxima abril y con ese mes la hora de volver a verte. ¡Qué esperanza tan dulce, Amalia mía!, un mes más, y volverán las horas inefables que tu compañía, tu mirada y tus palabras me proporcionarán...

En la carta de marzo 27 le afirma como el más gozoso de los niños:

...Ya, Amalia mía adorada, se aproxima el momento de vernos nuevamen-

te, y tanto se prepara a decirte mi corazón, que la pluma me parece inútil; y sólo la tomo para que sepas que ninguna novedad ocurre, y para avisarte que persisto en ir a principios del mes entrante [...] Ya no estoy pensativo: a todas horas me siento lleno de alegría porque incesantemente me digo: "voy a ver a mi Amalia". ¡Qué felicidad!...

Llega con el mes de abril el nuevo reencuentro de los novios, y el regreso, que siempre es tan triste para ellos, por la inevitable separación. Pero esta vez, la separación, sólo se prolongará hasta los primeros días de julio, en que sí, definitivamente, Ignacio dejará La Habana, para un mes después, es decir, el 1 de agosto, unirse en matrimonio a su Amalia, en la Parroquia de Ntra. Sra. de la Soledad de Puerto Príncipe.

Durante estos últimos meses en La Habana, este hombre enamorado, no descansará, para dejar todos sus asuntos en orden y terminados. Al mismo tiempo sólo le escribirá unas doce cartas de su etapa de noviazgo (las últimas); en ellas, siguen y menudean los requerimientos por su estado de salud, por todo lo que piense, ocurra o haga. En la de mayo 2 le dice:

...yo necesito verte constantemente, y si un instante me separo de tí, temo que en él, sin saberlo yo, no estés bien [...] Dime cómo sigues del oído, si caminas mucho; en fin cuéntame lo todo, háblame siempre mucho de tí, aun lo que creas más trivial...

Ella ha hecho alguna referencia a la casa que alquilarán para vivir cuando se casen, a esto él le responde en la misma carta:

...Yo cuento con que des tu parecer en casa sobre este particular con toda franqueza, llamando sin rodeos malo a lo que lo sea, porque de otra manera podrían preferir una casa que no fuera de nuestro gusto o considerar motivos de preferencia o de exclusión a los que no fueran para nosotros, o para tí, porque mi gusto es el tuyo. Ni la diferencia de alquileres debe coartar en tí esa franqueza, porque examinándolo bien siempre es más económico en último resultado lo bueno, y vale más la economía en cualquier otra cosa que en las comodidades necesarias para vivir.

Ya deseo verme de vuelta en el Camagüey; deseo más... que el Padre Almanza nos eche la bendición nupcial. ¡Qué fecha tan querida será para mí ésa en que la recibamos! ¿Y el corsé? Y ¿el nombre de la pieza de canto?...

Acuerdan justamente que, para evitar trabajos a Amalia, el traje de novia y el corsé, tan de moda en aquellos tiempos, los confeccionará una modista en La Habana, a la que Ignacio le explica, vaya usted a saber de qué forma, lo que desea su novia. Aunque esto es nuevo y extraño para él, y no del interés propio de

hombres, logra su cometido. Y qué importa todo lo que haya que enfrentar si se trata de su gran amor. En la carta de junio 2 le escribe

...Me cansan el papel y la pluma ya, porque no sirven para expresarte todo lo que siento si te hablara, lo comprenderías, es ya un delirio, Amalia mía, que llega a la exaltación. A medida que se aproxima nuestra unión, con más impaciencia la aguardo, y más ansio el momento de llamarte mi esposa. ¡Cuándo llegará!...

Y casi en vísperas de volver al Canagüey, la penúltima carta que le envía es muy breve, es casi una nota, que habla por sí sola de lo que se avecina; es de julio 5:

Amalia mía: te envío un bañi con el vestido de que te he hablado. Quise traerlo hecho para evitarte trabajo y que fijaras demasiado la vista en costuras. Sin medidas y sin el corsé comprenderás que es muy posible no ajuste bien el traje; pero la modista que vio tus retratos asegura que con poco trabajo lo pondrás a tu gusto. Me encargó te hiciera algunas advertencias, pero eso será cuando nos veamos.

Tuyo siempre y de todo corazón

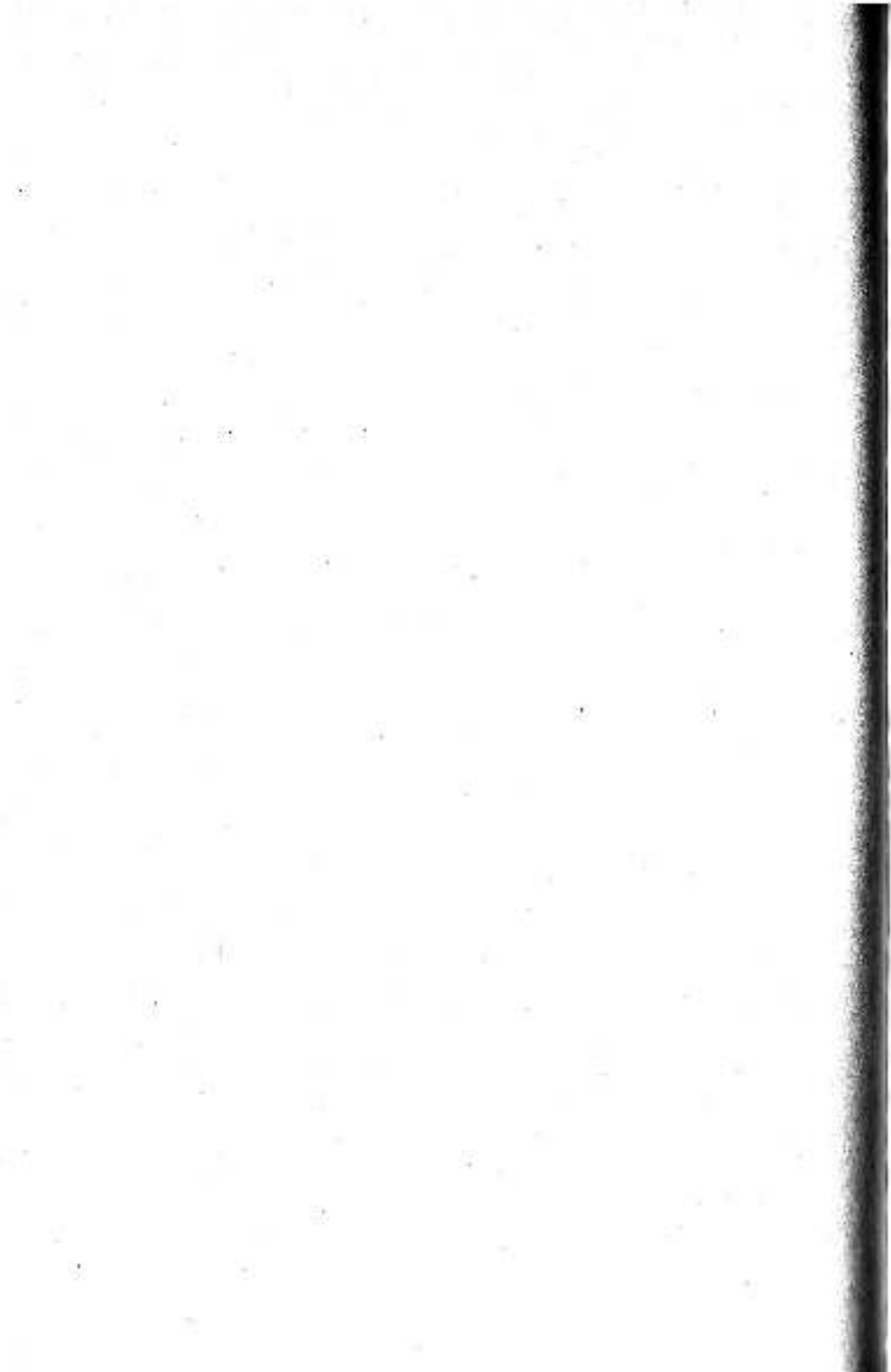
Ignacio.



## SEGUNDA PARTE

...Tienes razón: Mayo pasará,  
y después ¿qué edén ni qué paraíso  
será comparable al nuestro?  
¿Qué dicha igualará a la de nues-  
tra  
unión? ¿Quién podrá en el mundo  
juzgarse  
feliz con tanta verdad como yo?  
Todavía han de pasar muchos días  
antes,  
de ausencia, y sin embargo ya soy  
dichoso: amo el mundo, amo la  
vida  
y el cielo me sonríe; todo dentro y  
fuera de mí me anuncia días sin  
igual  
ventura y mi alma acaricia  
incesantemente tan gratas esperan-  
zas.  
Sí, Amalia mía; soy dichoso,  
y sólo lo debo a tu amor...

Mayo 7 de 1868



# I

Camagüey, tierra de hijos valerosos... Las cuatro palmas: símbolo de la que fuera plaza maldita... El sacrificio de Agüero y sus compañeros parece que no fue en vano... Al fin suena la clarinada de un verdadero despertar... El tiempo inexorable acerca la rebelión de tus hombres mejores... La llamarada prende en Las Clavellinas... ¡Basta de opresión y tiranía aunque a algunos Napoleones se les dé un bofetón moral en el Paradero de las Minas y se acaben los chanchullos, las trampas, con los despóticos Valmasedas!... Después vendrán otros momentos a pesar de los triunfos de Guáimaro, Nuevitas, Bagá... Cisneros, el Marqués, se une junto a los bravos... Camagüey, Bonilla es una advertencia... La honrosa Asamblea de Guáimaro de un plumazo abolirá la ignominiosa esclavitud... Ni Valmasedas ni Lescas resistirán el empuje de los héroes... Así eres, Camagüey... ¡Ese es El Mayor!... Esa es tu historia...

# II

Aunque para Ignacio y Amalia debió resultar antes de tiempo el levantamiento de Carlos Manuel de Céspedes con otros patriotas en su ingenio La Demajagua, en el amanecer del 10 de octubre de ese año de 1868, donde con ello, los cubanos daban el grito de guerra contra el yugo español, seguramente no los sorprendió.

Cosa sabida es que hacía bastante tiempo se conspiraba en la Isla, y se preparaba clandestinamente la rebelión, pues la mayoría de los patriotas cubanos pertenecían a las distintas Logias masónicas que funcionaban en todo el país, lugares éstos donde daban sus reuniones secretas con esos fines y así mantenían el contacto. Pero primaba en la opinión de la mayoría, que el momento no era propicio, ya que debían esperar, según se planeaba, para comunicarse con

todas las provincias, recaudar fondos (esto no era muy difícil, porque los principales directores del movimiento eran hombres acaudalados y poseían muchas propiedades e ingenios azucareros, los que pretendían ponerlos en venta y, así reunir el dinero necesario para adquirir las armas y pertrechos tan importantes en una guerra), además, enviar delegados con instrucciones al exterior para que fomentaran las Juntas o Comités revolucionarios, y con el dinero recaudado se compraran armas y se fletaran expediciones que llegarían en distintos barcos, desembarcando por varios puntos de la Isla, y al unísono, declarar la guerra al enemigo.

No relataremos estos acontecimientos de nuestra historia por ser del conocimiento de todos, y el porqué los mismos no se llevaron a feliz término como se planeaban y ocurrieron como se sabe, de muy distinta manera.

Por ello a Ignacio no lo sorprendió el estallido de la revolución, porque como también sabemos, él era uno de los patriotas, adepto de la Logia Tinina del Camagüey, y esperaba como tantos otros levantarse en armas para liberar a la patria, a la que va a desposar definitivamente en esta etapa final de su vida, con toda la pasión de un convencido, de un verdadero revolucionario.

Veremos que sus ideas y su actuación en este aspecto dan la pauta del hombre íntegro que siempre hubo en él. Robustecido el pensar de todo buen cubano de aquellos tiempos, por llevar a cabo con la acción el separatismo y el independentismo de la criminal corona de España en Ignacio Agramonte se convertirá en una bandera de ejemplo y sacrificio, empujando con su vergüenza el grito de ¡Cuba libre! en la manigua camagüeyana. Y en esta magna empresa el báculo de su corazón y el estímulo a sus esfuerzos va a ser su Analia que lo secundará en cuerpo y alma en su obra de redención.

Apenas, a los tres meses de casados, en tan breve tiempo de unidos, época en que los que se aman disfrutan de la completa dicha por mucho tiempo ansiada; en los momentos en que culmina el comienzo de la verdadera vida: razón del poderoso sentimiento del amor, este hombre lo abandona todo, el deber se impone. Y dejando tras sí un mundo de felicidad, de bienestar y comodidades, se arroja a la dura lucha en el monte, a la privación, a la inelencencia del clima, a los caprichos del tiempo, a peligros incontables, a buscar cara a cara la muerte; en fin, prescinde de todo porque ama también a los demás, el bien común es parte de sí mismo, al sentirse también latido de ese irredento que lo rodea y también como muchos otros, quiere la libertad, y va en su busca al precio que sea necesario.

Hay vidas estremecedoras, hay momentos inefables por su grandeza. Y en esta hora decisiva, el deber, transparente como el cristal y duro como el hierro, hace presencia y se yergue para salvar a la otra amada: la Patria.

En esta prueba abrasadora para su espíritu y su corazón, en esta cita con la historia, este joven de carácter se convertirá en el guerrero sin par que ocasionará enormes descabros al sangriento León Hispano; será el joven, al que con su caballería casi de leyenda, respetará y temerá la soldadesca enemiga, y con su machete escribirá páginas gloriosas en la primera gesta emancipadora de nuestra patria.

El día 11 de noviembre, siete días después de la insurrección del Camagüey (Ignacio Agrumonte había quedado en la ciudad al frente de las actividades revolucionarias con otros patriotas), es avisado que sería detenido por las autoridades españolas, que habían declarado al Camagüey en "estado de sitio", y sin dilación alguna sale para el campo y se incorpora a las fuerzas libertadoras camagüeyanas. Él comprende perfectamente el significado de su misión. Por eso, la comunicación epistolar con la amada esposa, que ha dejado en el Camagüey, por ironías de la vida, vuelve a repetirse. Parece como si estos dos seres para comunicarse tuvieran que escribirse cartas continuamente. Pero ahora, estas cartas, a pesar de que mantendrán el mismo espíritu, el mismo amor que no flaquea un instante, se irán comportando con otras características. Ya no será, indudablemente, el estudiante de La Habana, ni habrá fechas con meses y días prefijados para volver al Camagüey a reencontrarse con la amada; esto no se volverá a repetir. Ahora es el soldado contra un enemigo terco y cruel, enfrentándose a la muerte cada día, y ascendiendo por méritos ganados a responsabilidades en las filas insurrectas que sucesivamente irán determinando el curso de los acontecimientos en el campo revolucionario. Él lo sabe, y por eso en múltiples ocasiones, va a repetírle a su Amalia al despedirse en sus cortas y espaciadas misivas, con palabras conmovedoras:

...Adiós, Amalia mía; aun después de la muerte te amará tu Ignacio.

En otra:

...Tuyo aun après le tombeau.

Ignacio.

Otra:

...Tuyo hasta la muerte y aun después. Ignacio.

Estos pensamientos se los va a repetir en muchas cartas, como un aviso inconsciente, pero con bastante visión, que a la postre se harán verídicos.

A los cuatro días de encontrarse con los patriotas en el campo de la revolución, con fecha 15 de noviembre, una nota muy breve donde le cuenta:

...A pesar de mucha agua y lodo que hay por todas partes, gozo de la salud más completa que pueda apetecerse, y sólo me hace falta por estas alturas la compañía de mi idolatrada compañera. Eso sí, Amalia mía, me parece que no te veo hace un siglo, y ansio abrazarte. ¡Cuánto te ama tu Ignacio, Amalia mía!

Sin embargo, sigamos el deber.

Cada día que pasa lo acercan a los miles de dificultades que lo esperan en el camino. Las cartas se irán convirtiendo en pequeñas notas, escritas apresuradamente para enviárselas con conocidos, prácticos y compañeros que van y vienen. Por ejemplo esta de noviembre 23, escrita desde Pueblo Nuevo:

...Mi adorada compañera: no sé si recibas ésta antes o después de la que te escribí anoche. De todos modos con el portador podrás escribirme y enviarme el par de botas que dejé en casa en mi cuarto. Procúrame luego mis polainas con Juan el caletero, bien que poco las necesitaré teniendo las botas. No quiero demorar al portador que tiene que continuar su viaje. Avisa a todos que Enrique y yo gozamos de salud...

Los lazos indestructibles de Ignacio y Amalia supieron soportar el deber de las calamidades y sufrimientos que no tardaron en llegar. Los días someterían a estos dos grandes amores a implacables pruebas de las cuales siempre salieron ilesos.

#### IV

De antemano, puestos de acuerdo los esposos, Amalia, como tantas mujeres y familias del Camagüey, seguiría a Ignacio al campamento insurrecto. Y es bueno recordar de pasada, cuántas mujeres cubanas se destacaron en la revolución y ayudaron a ésta al precio de incontables sufrimientos y sacrificios y grandes penalidades. Y, a pesar de ello pusieron muy en alto el honor de luchar y el ideal emancipador.

Amalia Simoni no podía quedar a la zaga. Se trasladó con su familia a una finca que tenía su padre llamada La Matilde, cerca de Sibanicú. Esto ocurría el 1 de diciembre de 1868. Así lo hicieron Ana Betancourt, Concepción Agramonte, y tantas heroínas que hacen una larga lista para orgullo de nuestra mujer y nuestra historia.

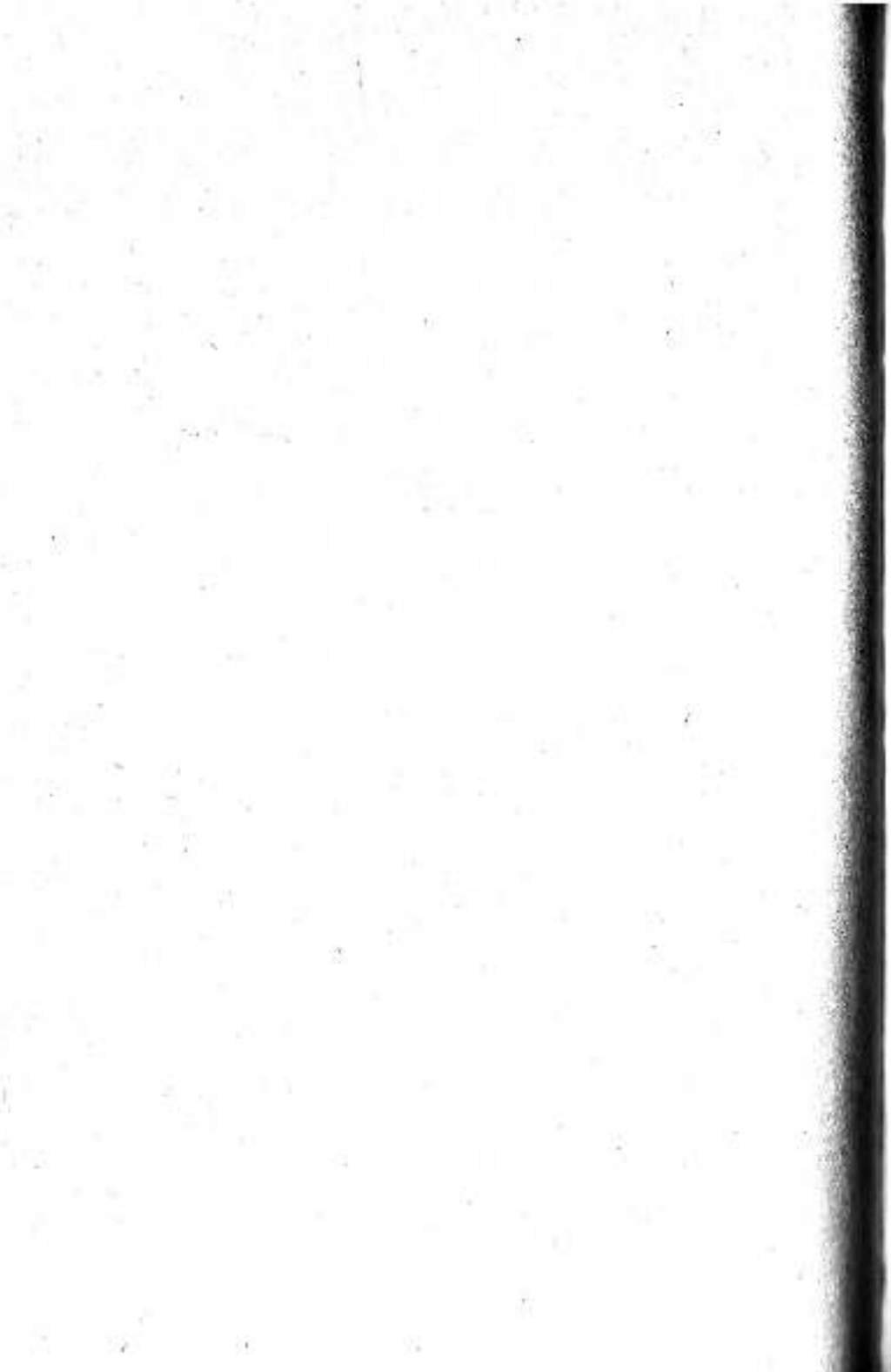
Estas mujeres que todo lo dejaron por conquistar la libertad compartieron las penurias de una cruenta guerra que, como sabemos, se extendió por diez largos años. Estuvieron en la manigua hasta que muchas, las autoridades españolas las apresaban y las obligaban a regresar a la ciudad, donde en peores condiciones tenían que subsistir: bajo la afrenta, la miseria y la humillación del enemigo y los traidores.

En La Matilde, Ignacio tendrá oportunidad de verse con su esposa, a pesar de que allí la familia está expuesta a ser descubierta y atacada o contraer cualquier enfermedad y donde muchas veces faltaron los alimentos indispensables, y donde la ropa y los zapatos se deterioran cuando no se rompen, y se remiendan y se vuelven a deteriorar. Y ver, en medio de aquellos páramos, a la indomable Amalia, que había marchado ya en estado de gestación, resistir estoicamente las dificultades y dar vivas muestras de una madurez admirable.



El transcurrir de los días: la organización de la guerra, de los combatientes, se hace difícil para los cubanos, debido a esta nueva situación para todos ellos, y en gran modo a la pugna de criterios, rivalidades y antagonismos que retrasan el desenvolvimiento de la ofensiva cubana. Este es un problema que ocasiona reveses y pérdida de tiempo en el avance de las tropas en su lucha por liberar a Cuba del dominio español.

Pero no obstante, el indomable y audaz guerrero que vive y palpita en Ignacio Agramonte, desde su bautismo de fuego en el combate de Bonilla, va a empezar a destacarse. Cada combate donde intervenga permitirá ir desarrollando sus brillantes cualidades de soldado que causarán el asombro de todos.



## V

Los primeros meses en la crudeza del campo y en la lucha desigual debieron ser muy duros para el amante apasionado, lo que fue moldeando la fuerza de su voluntad y domando la necesidad de las comodidades de la vida que acababa de dejar.

Como hemos dicho, las cartas de estos tiempos se reducen, en su gran mayoría, a meras notas. Él no puede ver diariamente a su esposa, pero siempre que se le presenta la oportunidad galopa desenfrenadamente hasta su nido de amor para ver al ser querido. En una nota, escrita en Tibisial, el 5 de enero le dice:

Adorada Amalia mía: pobre ángel mío, cómo te considero por allá disgustada y sufriendo mil privaciones en un rancho: yo que gozo de salud completa, que en todas partes me hallo bien no me conformo jamás con tus incomodidades y daría la vida porque gozaras del más completo bienestar.

Por acá estamos muy ocupados con la repartición del armamento y pertrechos recibidos. Tenemos a Quesada de General en Jefe interino nombrado por nosotros. No tengo tiempo para más. Nos vemos dentro de tres o cuatro días, si antes logro despachar lo más urgente. Tuyo hasta la muerte y aun después

Ignacio.

La situación se torna cada vez más difícil entre los que dirigen la guerra, tanto en el Camagüey como en Oriente, por no acabar de ponerse de acuerdo en relación al sentido de la misma. Este año de 1869 va a darle a los cubanos muchas experiencias en los azares de la lucha que tendrán que aprovechar. Circunstancias que permiten que estos hombres valerosos, que se juegan la vida por la

libertad de la patria, recapaciten y lleguen a acuerdos fundamentales para evitar el menoscabo de la causa por la cual luchan. Para ello se celebra y se constituye la Asamblea de Guáimaro en el mes de abril; allí queda declarada la República en armas, política y militarmente con el documento que lleva el nombre de dicho lugar: la Constitución de Guáimaro. Y esto es importante porque es Ignacio Agramonte uno de los redactores de esa Constitución. Y es que los cubanos, abrazados fuertemente a sus altos ideales, a pesar de todo lo que han arrostrado hasta ahora, luchan por una organización, por una constitución y por una república que aúne todas las condiciones inherentes a una nación fundada como si fuera en tiempos de paz. Y así lo logran teóricamente, claro está, esto no será suficiente, ya que los acuerdos y las comprensiones a que han llegado no borrarán los antagonismos, las contradicciones, las rivalidades, las deserciones y las traiciones.

Después de celebradas dichas reuniones, que al menos auguran un mejor desenvolvimiento de la guerra, Ignacio Agramonte, que fuera elegido representante a la Cámara de la República de Cuba en Armas, catorce días después se retira de los cargos que las leyes de esa República le han conferido. Su renuncia se debe porque fue nombrado mayor general del Ejército Libertador como jefe de la División de Camagüey, lo que le permitirá seguir luchando denodadamente para alcanzar la libertad. El tiempo pondrá sobre la balanza los hechos que irán ocurriendo y dirá lo que realmente era necesario y; seguramente, cuando ese entendimiento llegue, él recordará muchas veces lo acertado que estuvo aquella vez en el Paradero de las Minas, cuando con voz vibrante por la emoción y por sus convicciones, desharató los planes del traidor Napoleón Arango, al rematar su arenga con aquellas encendidas frases que han pasado a la historia:

...Acaben de una vez los cabildos, las torpes dilaciones, las demandas que humillan. Cuba no tiene más camino que conquistar su redención, arrancándosela a España por las fuerzas de las armas...

La guerra en todos sus aspectos irá transformando a este hombre, será una criba que seleccionará lo mejor de sí. Su actitud, su moral, su rigidez, su exaltación y quizás su orgullo se conformarán, transfigurándose, para dar paso al héroe, al hombre que irá desgarrando sus pequeños defectos para forjar todo un carácter. En cada encuentro, en cada batalla, en cada choque con el enemigo quedará el sello inconfundible de su estirpe y el asombro de sus victorias demolidoras...

En las notas que enviará a su esposa, a veces de tipo telegrama, casi nunca le mencionará los éxitos o las dificultades que afronta en la guerra, tal parece como si obviara entrar en estos detalles para no alarmar a su amor por los peligros que se cruzan diariamente en su camino. En marzo 2 le comunica:

Amalia adorada: va media arroba de clavos para Simoni. Enrique va esta noche para que pueda Simoni estar fuera mañana y pasado. Gozo de

\* Betancourt, Eugenia, *ob.cit.*, p.62.

completa salud. Cuidate mucho. Te adora con su alma tu Ignacio.

En la de marzo 7 le expresa como siempre:

Ciudadana Amalia Simoni de Agramonte en la Matilde. Amalia adorada: tengo una ansiedad febril por verte. Decididamente no me es posible vivir sino al lado de mi ángel. Será tan pronto mi viaje a esa como sea posible. Cuidate mucho y te adorará eternamente tu compañero

Ignacio.

Detrás de cada línea escrita está un anhelo indescriptible que hacia sufrir a estos corazones, pero esta pena flagelante pasaba a planos secundarios ante el deber sagrado de la patria

## VI

Por otra parte, ya el refugio de la finca La Matilde no era seguro para la familia; las columnas españolas que a fuer de rondar no lejos de esos lugares podían de un momento a otro descubrirlos y apresarlos a todos, los hicieron decidirse a cambiar de lugar, retirarse a otra finca, con menos comodidades que ésta, en las inmediaciones de Cubitas, llamada Arroyo Hondo, que Ignacio en gran modo acondiciona y bautiza con el poético nombre de El Idilio.

Por estos días Amalia esperaba en cualquier momento el nacimiento de un hijo. El día que ocurrió (26 de mayo de 1869) el padre de la esposa informó a Ignacio que el alumbramiento no se produciría aún, que quizás en algunos días, e Ignacio tranquilo se marchó a gestionar la adquisición de un armamento. Y no bien se retiró El Mayor se produjo inesperadamente el suceso. Inmediatamente un "mensajero" corrió en pos de Agramonte para darle la buena noticia. El amante cabalgó de nuevo desandando el camino recorrido. Llegó al lugar muy de noche, y como en el cuarto de Amalia dormían también algunas mujeres, que como ella permanecían en el campo insurrecto, tuvo fuerzas para dominar sus emociones y la ansiedad por conocer al primogénito y se echó ante la puerta de la habitación a esperar que amaneciera para ver a su hijo y abrazar a su esposa. Al amanecer, una de aquellas mujeres (Anita Betancourt) se acercó al "lecho de Amalia para informarse de su estado.

—Me encuentro bien, —le dijo ésta—, y me parece haber sentido llegar a Ignacio... —Anita abrió y encontró efectivamente Agramonte, en el estado de excitación que es fácil presuadir

—Levántense pronto —gato Anita a las demás—y salgan, que aquí está

un hombre, desesperado por abrazar a su mujer y conocer a su hijo...

Él, entró entonces, y su ansiedad de toda la noche se desahogó en lágrimas abundantes..."

Este fue un acontecimiento que reboseó de felicidad todo su ser y fue un alto estímulo al ver el fruto de su amor en un hermoso niño. Días después le da contestación a una carta de Amalia en los siguientes términos:

Adorada esposa mía: he leído con el mayor contento tu carta fecha 11. ¡Con cuánto placer pasaría las horas a tu lado entretenidos ambos con nuestro hijito! Un hijo, Amalia, es una ventura sin límites cuando tanto nos amamos. ¡Verdad, ángel mío? Y luego, me dices que está tan bonito, sano, robusto y gracioso, que no veo con paciencia llegar el momento de volver a tu lado. No pienso en otra cosa ni sueño sino contigo y con nuestro mambisito. Pero es preciso, adorada mía, que te cuides mucho, porque sólo así sobrellevaré con resignación la amarga ausencia. Un beso a nuestro muchachito y no dudes que delira por ti tu apasionado compañero Ignacio.

En otra que carece de fecha le reitera:

Amalia adorada: te mando la media vara de crehuela y el dril que encargó Simón a Telles. No hay novedad alguna y aun me hallaría perfectamente si no estuviera separado de ti. Vivir siempre junto a mi ángel idolatrado y en Cuba independiente es mi deseo más vehemente. Item más, entretenidos nosotros con las gracias del vástago Tuyo; tuyo siempre, Amalia mía, Ignacio.

## VII

Corre el mes de junio de 1869; por fin, después de tantos mensajes le escribe una larga carta en la que le habla de distintos asuntos y encargos que desea. Pero lo más importante que revela es la actitud del soldado, del hombre que va sabiendo día a día cómo manejar la guerra entendiéndola profundamente. Se da cuenta que con la teoría de los libros solamente no resuelve el quehacer bélico, lo demuestran sus aciertos intuitivos en el campo de la acción y los trabajos que realiza en la preparación de su caballería: esa caballería de valientes jinetes que conquistarán victoria tras victoria para la causa cubana que lo harán famoso y lo llevarán, como una leyenda, por los caminos de la gloria. Veamos un fragmento de la carta:

<sup>9</sup> Castillo de González, Aurelia, *Obras completas*, ob.cit., p. 120.



...Me alegro que éste haya sacado el buen apetito de su padre y que te ayudes en su crianza con leche de vaca. Lo que anhele y siempre descé, es que la única persona que lo sustente seas tú: que sea hijo nuestro y de nadie más. Lo confieso, soy en esto muy egoísta. Te ofrezco mojarme lo menos posible. No tengas cuidado por mí: me cuido mucho. Dile a Simón que también recibi la suya: que guarde allá los libros y papeles que ha recibido para mí [...]. Y ¿los libros que tiene Pancho Sánchez? ¿Los envió ya? De lo contrario, convendría un recuerdo. *Estoy formando un escuadrón de caballería que dejará atrás a la caballería española* (el subrayado es nuestro.) ¿Quieres que le reserve el puesto de cabo primero al mambísito?

En una nota del 2 de julio le escribe:

Mi Amalia entrañablemente adorada: mi vida se pasa aquí pensando en ti incesantemente y deseándoles, a ti y al chiquitín, completa salud. La mía es buena. Espero que no pasará mucho tiempo sin verte. ¡Lo ansio tanto! Cuidate y ama siempre a tu esposo que delira por ti Ignacio.

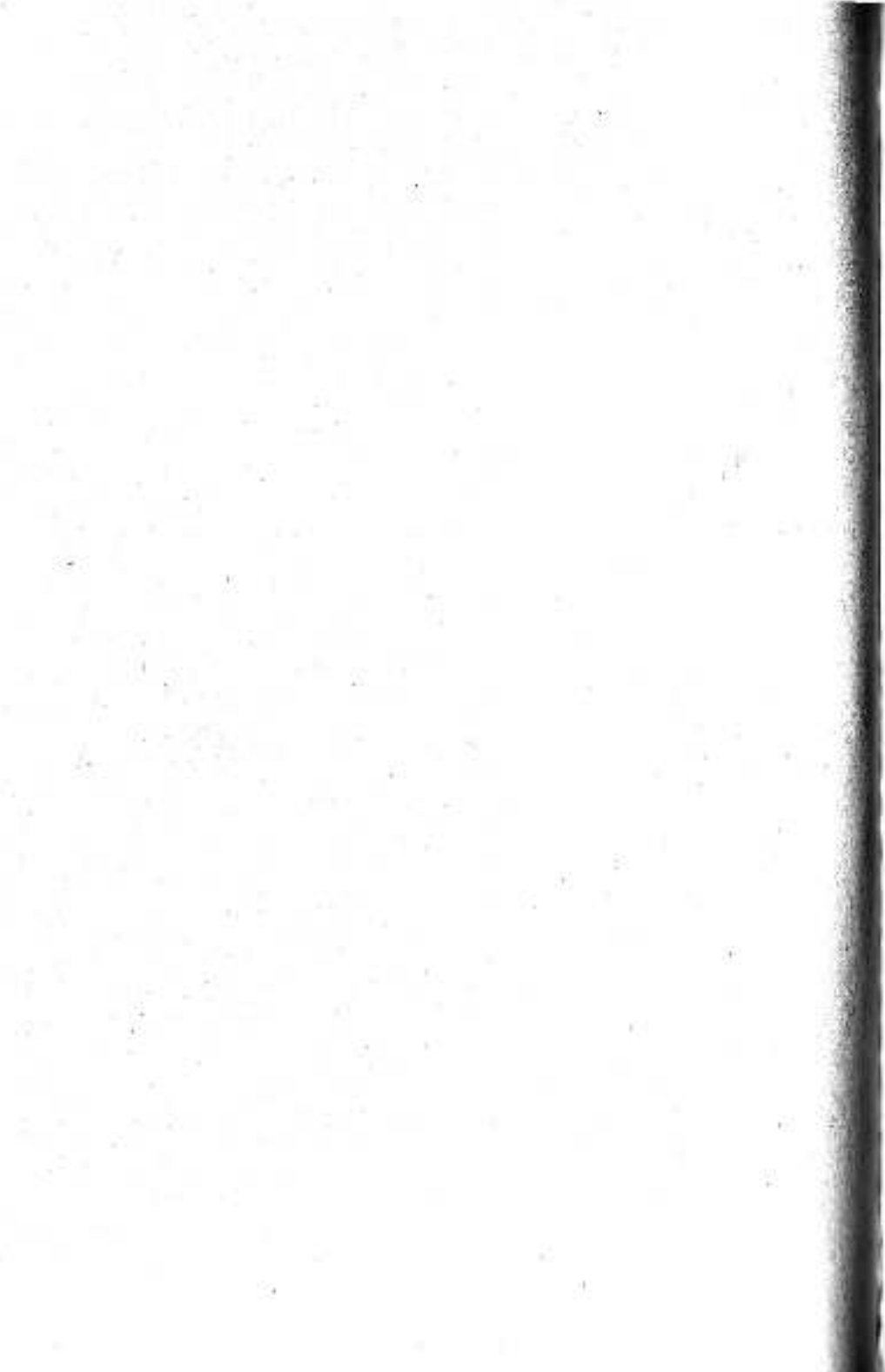
De otra carta escrita en Santa Lucía el 11 de agosto:

...Ya estoy pensando cuando podré volver a tu lado. ¡Se deslizan tan dulcemente las horas contigo! ¡Son tan desagradables las ausencias! Por lo demás, bien mío, me hallo en completo estado de salud y halagado con bellísimas ilusiones en lo que concierne a nuestras armas republicanas. Tu contento y felicidad, el bienestar de nuestro Ernesto<sup>10</sup>, y triunfos para Cuba, todo lo espero; y tan dulce esperanza me alegra, a pesar de no disfrutar de cerca de los dulces encantos de mi ángel idolatrado...

Como ocurrió en muchas ocasiones, las familias que habían emigrado para el campo de la guerra eran hechas prisioneras de los españoles y obligadas a retornar a las ciudades; otras, a veces, desertaban y renunciaban a seguir esa dura vida. Observemos esta breve carta de septiembre 19:

Para Amalia. Ángel mío adorado. No tengo novedad alguna y continúo esperando verte pronto. Emiliano que lleva esta te contará como Gustaca con su familia se iba con las tropas españolas, y como los nuestros, les quitaron la familia. Te mando un poco de chocolate que me regalaron. Aunque muy poco, me dicen que es mejor que el anterior. Cuidate mucho, un millón de besos a nuestro Ernesto, y no dudes jamás que te amará eternamente con toda su alma tu compañero Ignacio.

<sup>10</sup> Su hijo: Ernesto Ignacio de la Merced.



## VIII

Este 1870 va a ser un año sumamente difícil y aciago para Ignacio Agramonte y la revolución en el Camagüey. Perturbadores acontecimientos vienen a desbaratar y modificar su poca alegría con respecto a sus seres queridos; conocerá también la muerte de su padre en los Estados Unidos; se agrietarán de modo alarmante, por su tirantez, sus relaciones con el presidente Céspedes; y sobrevendrá el inesperado apresamiento de su esposa e hijo. Estos terribles sucesos ¿llevarán a este hombre a la desesperación?

No hay infelicidad que horade esta roca; no hay tempestad que doblegue tanta dignidad. El héroe no se cruza de brazos a lamentar sus penas. En esta etapa ha dejado de ser el Mayor General, pero él, consciente de que nunca claudicará, no se detendrá ante los contratiempos. seguirá en su puesto de soldado, tal y como empezó su brillante carrera de guerrero. La causa de la libertad de Cuba se impone por encima de todo y a ella se entrega con más ahínco que nunca, sabe, que si flaquea, lo ganado se puede perder para no recuperarse jamás.

Mientras, siempre que tiene oportunidad le escribe a su amor, algunas líneas, como en enero 7, desde San Agustín:

Adorada esposa mía: el enemigo amedrentado no se mueve, parece que esperando refuerzo y entre tanto no puedo separarme de nuestras tropas que aguardan ansiosas el momento de derrotar aquella columna.

Te mando el saco, un pantalón, una chaqueta, dos camisas y un par de medias, para que sean lavadas cuando sea posible. En otra oportunidad te escribiré más detenidamente. Te idolatra ciegamente tu Ignacio.

Tres días después, enero 10, en La Deseada, le manifiesta:

...Sin novedad te escribo a la carrera aprovechando el viaje de Ramón, mi asistente, a esa finca, en busca de uno de mis caballos, por muerte del que tenía acá, a consecuencia de un estacón. No puedes figurarte, bien mío, mi ansiedad, porque acabe de emprender su marcha esta columna, para poder verte luego. Un siglo parece que ha transcurrido desde que me separé últimamente y ni los deberes para con la patria, ni el entusiasmo que me inspira la esperanza de un triunfo definitivo sobre aquella, son bastantes a mitigar la sed ardiente de verte. No sé vivir, no puedo vivir, sino a tu lado, tu pensamiento, tu mirada, tus sonrisas me hacen falta. A tu lado, un desierto me parece un paraíso; mejor dicho, el cielo, y tú mi única deidad...

Desde Santa Elena, el día 6 de febrero, son las siguientes líneas:

...Lleno de salud, pero en un anhelo incesante, una ansiedad por estar a tu lado: así me hallo. ¿Cómo está D. Mambisito? ¿Ya se puso bonito? ¿Cuánto deseo verlo! Cuidate mucho, muchísimo y ama a tu esposo que por ti delira Ignacio

En escuetas frases le comunica, en una nota, el fallecimiento de su padre:

Acabo de saber de una manera positiva la muerte de Papá en los Estados Unidos. Figúrate qué será, Amalia mía, de mi madre y mis hermanos. Salgo en busca de Emilio Mola para tomar detalles y luego te veré...

Esto le hace pensar, meditar, en que debía ir al lado de la autora de sus días y afrontar la situación en que quedaban los suyos, y así se lo hace saber, en una larga carta que le escribe a su madre con fecha 27 de febrero:

...Desde aquel día, todo nuestro afán, todo nuestro deseo fue volar al lado de nuestra madre adorada y de nuestros hermanos menores. No se nos ha apartado un momento de nuestra imaginación su tormento y el desamparo en que quedaban en un país extranjero. Consolar en lo posible a su aflicción y consagrarnos a su cuidado fue nuestro pensamiento desde luego...

Pero, ¿y la liberación de su tierra? ¿La abandonará en momentos tan cruciales y difíciles? ¿Dejará la pelea para ir a socorrer a su querida familia...? En la misma carta le dice:

...Pedimos nuestro pasaporte, y aunque se nos concedió en los primeros momentos, tanto se me ha insistido no me separe en estos momentos del mando de las fuerzas del Camagüey, y tanto se me ha dicho que mi ausencia sería funesta para la revolución en ese estado, que he aceptado la mensualidad de ciento setenta pesos que me ofreció el Gobierno en Nueva York para los gastos más urgentes de mi familia y a cuenta de sueldo, y he resuelto quedarme, sacrificando así mis deseos más ardientes en aras de la

Patria. No quisiera negarle la continuación de mis servicios, cuando tan encarecidamente se me pide, y cuando ya tanto ha sacrificado por su independencia [...] Hemos determinado en consecuencia Enrique y yo que marche él: que lleve la orden para el abono, como lo hace, y mis sentimientos más tiernos a mi adorada mamá y a mis inolvidables hermanos.

¿Cuánta pena viene estrujando este corazón? Mas, veamos bien claro que no vacilará nunca, ni en la hora más terrible, ni en las pruebas que vendrán.

En una segunda carta que le dirige a su mamá, en mayo 3, con su gran amigo Luis Ayestarán, que va "en comisión" a los Estados Unidos, entre múltiples cosas le dice:

...Mi Ernesto, Mamá, es hijo de la Revolución: nunca respiró el aire emponzoñado de la opresión: vino a gozar de la libertad desde los primeros días de lucir ésta: no sabrá nunca ser esclavo y cuando sea grande y hable de la independencia de Cuba referirá con satisfacción nuestros esfuerzos y nuestra perseverancia en la lucha. Parece que cuando uno tiene hijos ama más la libertad; y que ésta y el bienestar son herencia mejor que opresión y la necesidad de una revolución para conquistar los derechos violados...

Y así, este gigante, sigue su deber. El 2 de abril, le escribí a su esposa desde Peralaje, donde se encuentran las tropas insurrectas del Camagüey:

...Cinco días de operaciones con infantería y caballería, durante los cuales ambas pelearon con entusiasmo y notable valor, con hambre, marchando siete u ocho leguas en un día y todo sin oír la menor queja, y trayendo los veinticinco Remington del Cercado, me tiene muy contento con las tropas [...]

y como siempre, su pensamiento se dirige a la que tanto ama.

Por lo demás, tan lejos de ti, tan acostumbrado a verte con frecuencia, cuento las horas transcurridas sin contemplar mi cielo encantador y con afán pienso en el momento de volverte a ver. Me parece ahora desierta toda esta parte del Distrito. Recuerdo aquellas ausencias en la Habana...

Esta misma carta será la última que le escriba a El Idilio:

Sin embargo llevo a todas partes y en todos momentos la suprema dicha de tu amor: de ese amor, dulce bien mío, que me envuelve el mundo en un paraíso y que me hace probar una ventura inefable [...]

y le reitera, afirmándole:

No dudes jamás, amor mío, de que tu esposo vive pensando en ti, de que te adora con delirio, y de que tu amor constituye toda su dicha y es el único elemento de existencia de su alma enamorada.

Agramonte ve que no se le atiende, que el Gobierno parece que no toma en consideración la difícil situación del Camagüey: cada día son menos las armas y pertrechos, la escasez es grande. Tomás Jordan ha renunciado, y retorna a su país, los Estados Unidos. Agramonte también ha renunciado a su cargo de mayor general en el ejército del Camagüey y su renuncia ha sido aceptada por el Gobierno.

Estos primeros meses del año 1870 presagian el caos, el desmoronamiento del poder de la guerra cubana contra los españoles que se envalentonan y sitúan innumerables fuerzas: tropas de todas las armas en el territorio camagüeyano, donde la pelea les ha sido tan difícil. Ello permite que este enemigo se ensañe criminalmente en cientos de familias indefensas y en muchos vacilantes que se entregan. Los campos y caminos están llenos de desnudos y hambrientos. Esta crisis se ve agudizada por las contradicciones de los que dirigen la revolución. Tal parece que todo se viene abajo. Días tormentosos se avocinan.

Pero este hombre de hierro que es Agramonte sigue en su puesto, lucha con un puñado de leales que están dispuestos a dar la vida por el querido Mayor y por Cuba. Su amor a la causa, a la que se ha entregado, su tremenda sed de justicia son grandes, sus ofensivas al enemigo y los descalabros que le ocasiona son extraordinarios. Pero también, en lo hondo de sí mismo, este carácter disciplinado del deber, seguramente padecerá mucho. La obra por la que tanto ha luchado y por la que tanto se ha sacrificado parece como si en algún momento se le fuera de las manos. Siente que se ha abandonado al Camagüey y sabe que se intentan usar procedimientos con los que no está de acuerdo: este estado de cosas lo llena de amargura, pero su actitud, es más firme cada vez.

Pasan los días y todas estas cuestiones, a veces fruto de la inexperiencia, se irán disipando, y la mayoría de estos grandes hombres de la guerra echará por la borda los asuntos personales y se unirá definitivamente por el bien común, por todos los cubanos, por la patria, por la libertad.

Agramonte no imagina, en este 16 de mayo, en Los Güiros, que diez días más tarde, las circunstancias que lo rodean, le van a asestar otro golpe aún más contundente. Y si él no poseyera una conciencia y una firmeza tan definidas este suceso lo anularía, aplastándolo de un solo zarpazo.

El 26 de mayo cumplía su hijo, su mambisito, un año de nacimiento. Ese día, en el rústico ranchón de El Idilio, Ignacio se complacía en que Amalia festejara el cumpleaños del niño. Sobre lo que ocurriría, lo referirá mucho más tarde la propia Amalia a Aurelia Castillo:

...Estábamos en "El Idilio", mis padres, mi hermana y sus dos niños y mi Ignacio, que por no hallarse muy bien de salud, hacía cinco días que estaba con nosotros. Ese mismo día cuando más plácidos y felices estábamos, como a las 8 de la mañana, llegó un muchacho diciendo que la columna española venía hacia "El Idilio", aviso que nunca supimos quien lo



enviaba. Ignacio no le dio crédito, y tranquilizándose me dijo que no podía ser cierto, porque ningún aviso tenía de sus ayudantes y Estado Mayor, que, como siempre que él venía a casa, dejaba como a un cuarto de legua de nosotros. Pero un poco más tarde volvió el mismo muchacho diciendo: "La tropa española está ya cerca de 'El Idilio' ". Ignacio que tenía en sus brazos al niño y se reía oyéndole pronunciar tan malamente las pocas palabras que sabía, se puso serio, y abrazando a su hijo y a mí, dijo con voz grave: "Esto parece una traición. No te aflijas; la esposa de un soldado debe ser valiente." Llamó a papá y le dijo: "Intérnese con la familia en el monte; que se preparen pronto con lo indispensable de ropa, y salgan de aquí en seguida [...] voy a ver qué es lo que pasa; de todos modos estaré de vuelta dentro de dos o tres horas", y montó a caballo, acompañado de su asistente, para reunirse con sus ayudantes. Era Mayor General en esa época...

Efectivamente, no tardó en aparecer la tropa española al mando del capitán Arenas. Las mujeres, habían suplicado con lágrimas en los ojos al doctor Simón, que se escondiera, y después de los muchos ruegos, éste había accedido, no sin antes asegurarles que si desde su escondite veía que la soldadesca les hacía daño o sólo atentaban contra ellas de palabras, él saldría a defenderlas y así morir todos juntos.

Y resultó que el capitán Arenas había sido prisionero del general Agramonte por largo tiempo, y éste, en un gesto de caballerosidad le había perdonado la vida y devuelto sano y salvo a su lugar de origen. Y ahora, al conocer que entre sus prisioneras se encontraba la esposa de El Mayor, agradecido por las atenciones de su apresor y en reciprocidad, tranquilizó a las mujeres y reconvinó a la tropa que no le podían faltar al respeto a todas esas señoras...

De esta manera se llevaron lo único que le quedaba a Ignacio: sus grandes amores, y redujeron a fuego y cenizas El Idilio, no quedando de él más que ruinas carbonizadas. Allí terminaba para este hombre la ilusión de su vida. No volvería a ver nunca a su Amalia, a su manibisito, y al otro hijo que venía, que Amalia llevaba ya en sus entrañas.

Cuando Ignacio regresó al lugar de los hechos, tarde en la noche, sólo encontró ruinas humeantes de todo aquello que era tan grande para él, y junto a esas ruinas desoladoras al doctor Simón: los dos hombres no se dijeron una palabra, sólo se unieron en un abrazo de profundo dolor.

## IX

Al amanecer, Ignacio, que estaba bastante afiebrado debido a su salud delicada en esos días, supo que, las tropas que hicieron prisionera a Amalia y su hijo con las demás familias, habían hecho alto en la finca San Juan de Dios,

<sup>11</sup> Castillo de González, Aurelia, *Obras completas*, ob.cit., pp. 124 y 125

donde se encontraron con las fuerzas del general Ramón Fajardo; éste, por fortuna, también atendió cortésmente a las prisioneras, instando a Amalia a que escribiera a su esposo para que depusiera las armas ya que, según él, la derrota de los cubanos estaba muy cerca. "...A estas palabras —cuenta Aurelia Castillo—, levantóse Amalia en pie y contestó:

—General, primero me cortará usted la mano que yo escriba a mi marido que sea traidor...

—¿Traidor? —preguntó Fajardo.

—Sí, traidor a su patria.

Y con esto terminó la entrevista: mas no por eso dejó el general español de continuar hasta el fin sus atenciones...

Agramonte que sufría una prueba suprema, se acercó al lugar donde tenían prisionera a Amalia y su hijo: vio a las otras mujeres, pero a Amalia no. Desde el lugar donde estaba apostado podía haber matado a algunos españoles, haber atacado para rescatar a sus tesoros, pero no lo hizo temiendo que con ello peligraran sus vidas. Tampoco vio cuando la comitiva entraba en el Camagüey y una turba de voluntarios, al saber que estaban prisioneros Amalia y el pequeño hijo de Agramonte, rugió, gritando que mataran al infante. Amalia con su hijo en brazos, y las demás mujeres, huyendo de aquel tumulto "...subió corriendo las escaleras de la casa de Gobierno, —sigue refiriendo Aurelia Castillo— hasta que el brigadier Sabás María le quitó al niño y lo subió él..."

Sin tener donde ir, porque todas las propiedades se las habían embargado, pudieron al fin salir para Nueva York, donde nacerá el segundo y último hijo de Ignacio: una niña, a la que le pusieron el nombre de Herminia de la Caridad, y a la que el padre nunca conoció.

El día 6 de junio, le escribiría él, una extensa carta, atormentado por los momentos que estaba pasando:

...Idolatrado ángel mío: Once días han transcurrido del 26 último, aciago cumpleaños de nuestro Ernesto, y todavía no encuentro alivio a mi tormento. Pienso incesantemente en todas tus amarguras, en todos tus sufrimientos. ¡Pobre ángel mío! [...]

Qué desolación, amor mío, y sobre todo ¿cómo se han cebado en mí y cómo me han atormentado las consideraciones de tu marcha en medio de una columna de soldados brutos y groseros, de tu entrada de esa suerte en la población...! Todas, todas tus sufrimientos los he saboreado y cómo me atormentan! Que me buscaran a mí y me hicieran picadillo si me cogieran estaría bien: yo soy su enemigo; ¡pero a ti, a mi hijo!...

<sup>12</sup> *Ibidem*.

<sup>13</sup> *Ibidem*.

También en esa fecha le escribe a su querida madre contándole estos tristes sucesos:

Sra. Filomena Loynaz de Agramonte. Adorada Mamá mía: cuando esta llegue a tus manos, ya habrán anunciado los periódicos como mi pobre Amalia y mi hijo, junto con la familia Simón, cayeron en poder de los españoles el 26 mayo, cumplidos precisamente de mi Ernesto. Figúrese, Mamá, sus amarguras y sus sufrimientos [...]

y más adelante le dice:

Escribame siempre que haya alguno que venga, y dígame como se hallan. No me oculte ninguna pena ni cosa alguna, que ya me voy acostumbrando al sufrimiento...

porque sigue atento a algo que se le va sin poderlo evitar, y lo vemos en otra carta a la madre fechada el 19 de septiembre:

Mi queridísima Mamasita: Continuo sin novedad alguna, y continúo la guerra siempre con tesón, y esperando yo que un triunfo pronto nos permita dar un buen abrazo a mi Mamá y a cada uno de mis hermanos, colgar la espada, y volver a aquella vida de familia tan dulce, sacrificada durante la Revolución en aras de la independencia de la patria [...]

He sabido que Amalia llegó a Nueva York en los primeros días del mes pasado y supongo que habrían tenido el gusto de verse cuando quizás Ud. no la esperaba. Cuidemela mucho y cuénteme cuando me escriba cómo se halla, los detalles de su primera entrevista, todo lo que ella haya pasado y lo que le ha parecido el nieto. ¿Verdad que es muy gracioso?...

## X

Siguieron pasando los días y los meses, y este hombre escribirá con más desesperación, manteniendo ese desbordamiento de su amor en tanto que la separación se prolonga, y le agobia tal vez hasta el martirio, porque la realidad brutal va desgajando este árbol poderoso. A pesar del desprendimiento que despedaza la unión de este ser, es incapaz de romper el hilo de acero que lo ata al amor de Amalia y sus hijos. Y a pesar también de los dramas vividos en estos meses de continuas hecatombes, ignora se alza sobre sí mismo y sabe que no tiene nada que lo aprisione para seguir luchando con renovados bríos cada día por la ansiada libertad.

El tiempo le ha dado grandes experiencias, ya no es el joven que hace dos años se inició en una guerra cargada de teorías bélicas; la práctica le ha demostrado a veces cuán distintas son las realidades en el campo de batalla, aunque él

igualmente enriqueció sus teorías. Ahora sus conocimientos son amplios. Sabe calcular certeramente, definir, anticipar intuitivamente y a golpe de vista lo que ocurrirá en cualquier encuentro con el enemigo. Sus músculos se han endurecido en la lucha. Su nombre es querido y respetado. Sus disposiciones en la organización y disciplina del ejército son asaz completas. Y en él se vislumbra como una estrella en su camino de heroísmo, una estrella de inmortalidad que no ha de tardar en llegar.

Después de haber aceptado nuevamente por insistencia del Gobierno y sus leales amigos el mando del Camagüey, este renacer del dolor y del estoicismo hacen que el hombre se agigante y alumbre donde quiera que esté.

## XI

En este año 71, se acercan días de grandes victorias. En enero 12 le escribe a su amor:

Adorada Amalia mía: sin esperanza de que ésta llegue a tus manos, te dirijo sólo algunas palabras para que tengas noticias de mí, si por ventura logra pasar por un conducto inseguro. Sólo he recibido una tuya, contestada ya. ¡Cómo se hacen aguardar tus cartas! ¡Cómo ansio saber de ti y de nuestro Ernesto! Supongo no ha nacido aún el americanito. Nuestras noches son bastantes frescas: Dormimos casi siempre con fuego ¡Cómo pienso entonces en que quizás sufren tú y nuestro chuquitiñ con el frío de New York! Ya la resignación en lo tocante a nuestra ausencia se agota y hace aumentar mi odio a los españoles. ¡Cuánto nos ha hecho sufrir siempre la separación! *Cuba exige grandes sacrificios; pero Cuba será libre a toda costa. Las contrariedades más nos exaltan, y más indomables nos hacen.* [El subrayado es nuestro.]

El tiempo va cortando, con mano dura, la continuidad de la única comunicación que les queda a estos dos seres. Las cartas se espacian con notabilidad asombrosa. Ahora no se trata de La Habana al Camagüey, ni de los montes al Idilio: la situación es muy distinta del Camagüey a Nueva York; la distancia es considerable para aquellos tiempos: el trasiego en la correspondencia con los amigos o mensajeros que la pueda traer o llevar se dificulta cada día a medida que la guerra avanza sin cuartel entre los dos bandos. El Mayor se concentra en su gloriosa tarea con el aliento imborrable del amor que aunque lejos nunca olvida. Y como si quisiera acabar de una vez con la obra en que está empeñado, desde ahora hasta su muerte, va a sembrar los campos camagüeyanos de múltiples heroicidades.

Existe un breve episodio que nos narra también Aurelia Castillo:

...de su austeridad de costumbres, de la absoluta consagración a su Amalia, que da idea de un paso casi chistoso, casi cómico, que muchos presenciaron. Estando en un campamento, vinieron a decirle que una joven recién llegada de Puerto Príncipe deseaba hablar con él. Era una de aquellas mujeres heroicas que se vieron, por centenas quizás, en las guerras de Cuba; ángeles desarmados en medio de la pelea, que se deslizaban como podían, burlando la vigilancia española, para llevar auxilios, medicinas, noticias, a los idolatrados insurrectos. La joven era bonita, y después de haber entregado al Mayor lo que de auxilio portaba, díjole que llevaba otra comisión que le habían confiado, para honor de ella, las señoras camagüeyanas: la de darle un abrazo. Ignacio mantuvo caldos los brazos, y, rojo el semblante, se dejó abrazar; pero él ¡no abrazó!<sup>14</sup>

En esta carta del 1 de abril —después de un espacio de siete meses sin comunicación epistolar—le dice:

Ángel mío, Amalia idolatrada ¡Con cuánta alegría, leí ayer tus cartas del 26 de agosto y 29 de septiembre! ¡Muy atrasadas son; pero hace tanto tiempo que no leí cartas tuyas! Antes sólo había recibido una tuya, creo que del 7 de septiembre. ¡Cuánto he gozado con la pintura que me haces de nuestro Ernesto y de sus gracias! ¡Ay, quién te viera y quién lo viera a él! De nuestro segundo chiquitín, nada sé. Supongo por una de Simóni de 28 de Diciembre que habrá nacido en los primeros días de ese año. ¡Cómo lucha el corazón, bien mío, uno y otro día, en todos los momentos de la vida, con esta separación, de las prendas que así adora! ¡Qué honda amargura encierra el pecho, porque no te veo, y vivo lejos de ti! Y sin embargo me siento dichoso cuando pienso en que me amas y que con frecuencia pienso en mí [...]

no quiere preocuparla hablándole de sus padeceres, sino que:

No tengas cuidado por mí: fuera de los combates, donde hago lo que es mi deber hacer, me cuido bastante. Ni creas que carezco de cosas indispensables: hasta ahora siempre he tenido dos o tres mudas de ropa, y aquí son tan pocas las necesidades! En cuanto a enfermedades no he tenido ni la más ligera fiebre. Puedes estar tranquila, mi dulce bien, y confiemos en que nuestra dicha al volver a juntarnos, y la libertad de Cuba, compensen pronto todos los sacrificios...

Este corazón que se desangra con ausencia tan larga, escribe cuatro meses después otra carta de julio I:

<sup>14</sup> *Ibidem*.

Idolatrada esposa mía: Mi pensamiento más constante en medio de tantos afanes es el de tu amor y el de mis hijos. Pensando en ti, bien mío, paso mis horas mejores, y toda mi dicha futura la cifro en volver a tu lado después de libre Cuba. ¡Cuántos sueños de amor y de ventura, Amalia mía! Los únicos días felices de mi vida pasaron rápidamente a tu lado embriagado con tus miradas y tus sonrisas. Hoy no te veo, no te escucho, y sufro con esta ausencia que el deber nos impone. Por eso vivo en lo porvenir y cuento con afán las horas presentes que no pasan con tanta velocidad como yo quisiera. Y luego, el no saber de ti ni de nuestros chiquitines aumenta mi anhelación constante. No quiero extenderme más. Mi anterior cayó en poder del enemigo. No creas lo que éste dice, en sus periódicos: mienten con sin igual descaro. La revolución marcha con paso firme sostenida por los buenos. Las presentaciones sólo han servido para depurar nuestras filas; las víctimas para demostrar la saña española, impotente para abatir un pueblo que pelea por su independencia, y para exaltar a los campeones de ésta...

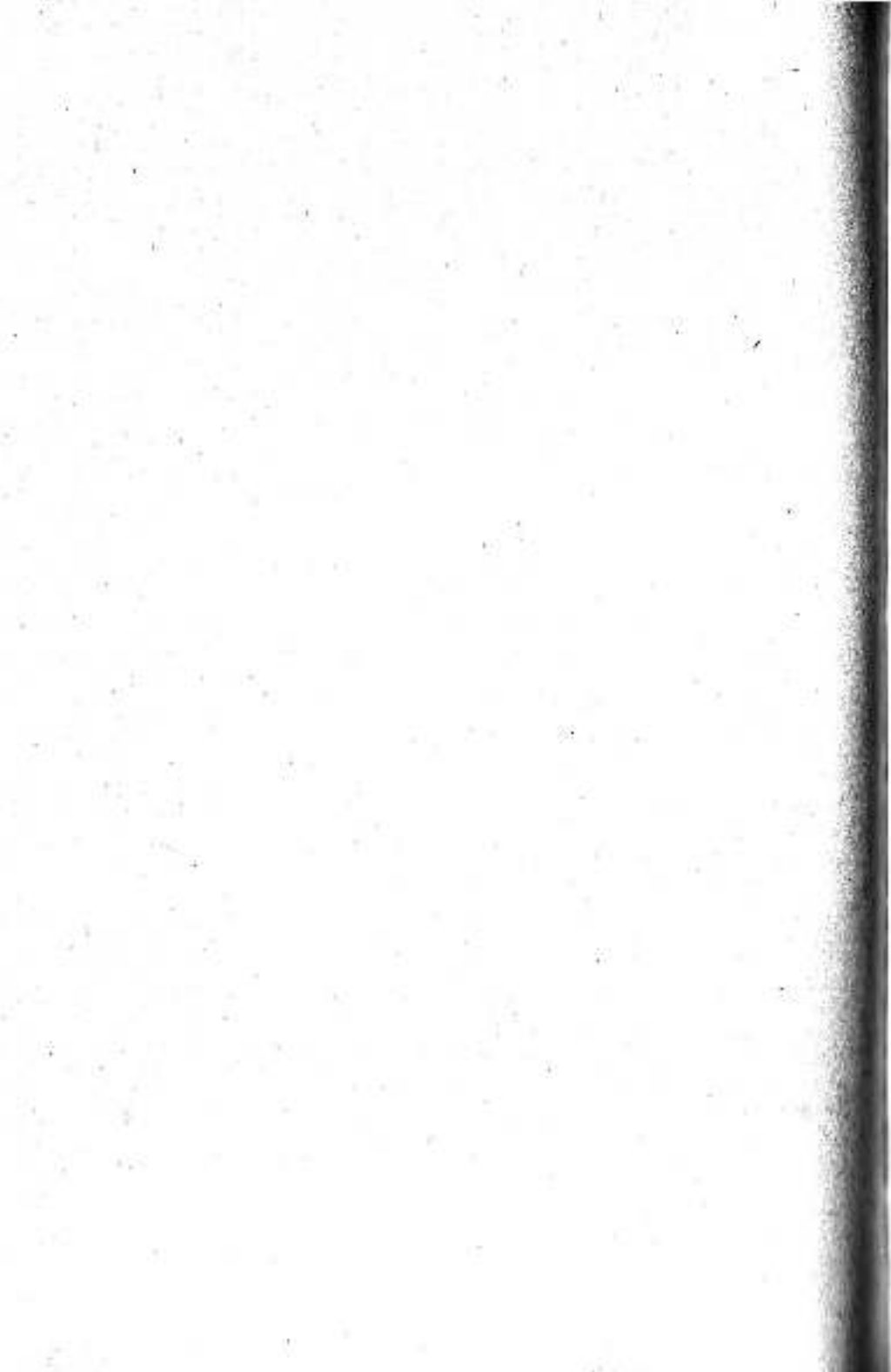
Y así quedaba demostrado verazmente las batallas que iba ganando para la revolución cubana, ahora con el mando del Camagüey nuevamente en sus manos. Fueron tales los impetus, el arrojo y coraje que alcanzó su famosa caballería camagüeyana, al grito de ¡independencia o muerte!, comandada por El Mayor, tan sonados sus triunfos y continuas victorias sobre las tropas enemigas, que esto lo condujo por el camino de la epopeya.

Una de las proezas más notables, que ha pasado a la historia como hecho sin par de aquellos días, fue la que se conoce por: el rescate del brigadier Sanguily.

En el mes de octubre, al ser avisado Agramonte que el brigadier Sanguily había caído prisionero del enemigo, escogió 35 de sus mejores jinetes, a pesar de lo cansado que estaban los caballos y la tropa, por la participación en las últimas operaciones. El Mayor ordenó al comandante Reeve seguirle el rastro a los españoles.

Cuando los divisó hubo como una transformación del ambiente; el sol incendió la sabana, el monte, los árboles; la tierra se estremeció bajo el correr de los cascos de los caballos; las hojas de los machetes dibujaban arcos en el aire; un alud humano de valentía se precipitó arrollándolo todo; el enemigo se desbandó, se dispersó sin reponerse de su sorpresa, sobrecogido por el pánico; entre los gritos y exclamaciones las balas silbaban y los machetes abrieron brechas mortales; los cuerpos caían inermes, la sangre corría desesperada, el prisionero fue rescatado sano y salvo... A los pocos minutos el lugar era pasto de un silencio de muerte y de victoria.





## XII

Tal parece que los días son implacables para Ignacio. La voz de su corazón enamorado y atormentado es devorada por la distancia de los seres queridos que penden del hilo de su esperanza. Pero aunque la separación es real, él persistirá férreamente en sus principios.

Ha pasado un año y no hay una sola carta en ese tremendo intervalo del héroe. Ahora, la mayoría de las cartas que escribe y de las que le mandan se extravía o cae en poder del enemigo.

Ésta es una de las últimas, del 21 de julio de 1872. Veamos un fragmento:

Idolatrada Amalia mía: Sin grandes esperanzas de que ésta llegue a tus manos, la escribo para que sepas, si por ventura la lees, que continúo sin novedad, *luchando cada día con más empeño, si cabe, por la independencia de nuestra Cuba. También cada día se robustece más mi fe en el triunfo, a pesar de todas las dificultades. Ni un momento he dudado jamás que nuestra separación terminará, y volverá nuestra suprema felicidad con la completa libertad de Cuba.* [El subrayado es nuestro.]

Las últimas tuyas y de Simón que he recibido, tenían fecha de Noviembre y Diciembre de 1870! Después he sabido por una carta de Melchor Agüero del año pasado que ha acariciado a mis dos niños y visitado a Mamá. Estas noticias tan suscitadas han sido preciosas para mí que tan largo tiempo hacía que no tenía ninguna. Al menos tú sabrás de mí por los periódicos españoles que tantas lindezas me dicen [...]

Escribeme siempre que haya conducto. Por muy grande que te imagines mi alegría si recibiera ahora una carta tuya no es comparable con la que yo

experimentaría, ni con el ardor con que la ansío. ¡Ah! una hora a tu lado! Una sonrisa, una mirada tuya! ¡Una caricia de nuestros chiquitos! ¡Me parece todo esto, un delirio! ¡Si al menos tuviera un retrato tuyo con ellos! Todavía me acompaña constantemente el que me pusiste un día en la cartera. ¿Lo recuerdas?...

Han transcurrido cuatro meses, estamos ante la última carta de que tengamos noticias que le escribiera El Mayor a su esposa, fechada el 19 de noviembre de 1872. En ella le dice que se ha enterado por una carta que ha recibido de su mamá, que ella (Amalia) y la familia han pasado a vivir a México, en la ciudad de Mérida; también por dicha carta sabe que en los Estados Unidos le ha nacido la segunda criatura que esperaba Amalia, una niña, a la que han puesto el nombre de Herminia. Se alegra de que ahora tengan la parejita. Y le pide que le escriba, que le cuente los detalles de todas las cosas; le preocupa el por qué han tenido que ir a vivir a esa ciudad mexicana y cómo la estarán pasando, y por sobre su dolor, le declara siempre su firmeza en sus puros ideales, en esa patria que gime y sufre, hasta que sus buenos hijos acaben de liberarla:

...Escribeme, bien mío, cuéntame todas tus penas, todos tus sufrimientos, todas tus privaciones! No se me ocultan los motivos que haya podido tener Simón para abandonar hace ya un año los Estados Unidos e ir a buscar la monederosidad de la vida a Mérida, me alimenta sin embargo la convicción de que en tu alma angelical, y fuerte al propio tiempo, todo lo sobrellevarás con resignación, aguardando llena de fe un porvenir de ventura, de que sin duda disfrutaremos después que hayamos acabado de cumplir los deberes que Cuba nos ha impuesto.

En cuanto a mí, Amalia idolatrada, puedo asegurarte que jamás he vacilado un solo instante, a pesar de cuanto he tenido que sacrificar en lo relativo a mis más caras afecciones, ni he dudado nunca de que el éxito es la consecuencia precisa de la firmeza en los propósitos y de una voluntad inquebrantable: sobre todo, cuando se apoyan en la justicia y en los derechos del pueblo...

Este inflexible anhelo lo lleva a veces a una desesperación interior que sólo él vive y conoce. Por eso le repite que le escriba y que él se encuentra bien, y le cuenta de las últimas batallas que ha librado:

...Escribeme, amor mío, escribeme mucho, sobre ti; con los detalles de cada cosa. Tú sabes cuánto me interesan. Tus cartas podrán endulzar mucho mi sufrimiento de ausencia tan dilatada. Por mi bienestar material puedes estar tranquila: mi salud, siempre inalterable; de nada indispensable carecemos, porque la experiencia nos ha enseñado a proveernos del enemigo; los peligros son seguramente menores que como aparecen de lejos. El 22 de julio fui herido en el Salado donde derrotamos por completo

una fuerza enemiga cuyo jefe herido también cayó prisionero y luego puse en libertad. Mis heridas fueron de tan poca importancia que no me impidieron otro combate, dos días después (el 25) en Jacinto, donde derrotamos la Compañía volante del Batallón de Matanzas, muriendo y quedando en el campo, entre otros, el Comandante de ella, Capitán Alfau, y en poder nuestro el convoy que llevaban...

Su optimismo es creciente en la esperada libertad, que tanta sangre ha costado y que no sabe él la que costará aún:

...Aquí ha habido muchas dificultades que vencer; y meses pasados, hombres menguados que retrocedieron ante ellas; pero ya, Amalia, la situación es más desembarazada y ninguno de los que quedaron firmes en el campo, vacila: nuestras tropas cada día más aguerridas se han hecho respetables al enemigo y entran alegres en el combate. Mira si tendré motivos para creer en los prodigios de la "tenacidad"...

Se acuerda siempre de sus suegros; que para él son como sus padres; de sus hermanas, de toda la familia, diciéndole a cada uno palabras tiernas y consoladoras. Y sus hijitos no lo olvidan un instante, su recuerdo es fuego que lo quema, junto al inmenso amor que nunca morirá de la mujer de todas sus ilusiones y esperanzas:

...A Ernesto o Henríquia háblesles con frecuencia de su papá, educa y forma a sus corazones tiernos a semejanza del tuyo; que cuando encuentre en ellos tu retrato y tu alma, mi cariño y mi satisfacción no tendrán límites. Dale un millón de besos. ¡Quién viera a nuestros ángeles! Y tú, adorada mía, no dudes jamás que vivo pensando en ti; que mi más ardiente deseo se cifra en que volvamos a reunirnos para no separarnos nunca más, que no conozco otra ventura ni otro bien que tu amor; que sólo por él me es grata la vida y que es inmutable, la pasión, el delirio con que te idolatras tu Ignacio.

Curiosamente esta misiva tal parece una despedida que el autor no imaginó. Y ésta es la única carta que se conoce de Amalia, escrita en Mérida, con fecha abril 30 de 1873. Aquí está la ternura con que ella le devuelve a él su enorme cariño. Veamos algunos fragmentos:

...Ignacio mío adorado, después de tantos meses pasados sin que llegara a mí ninguna carta tuya, y de no tener otras noticias sino las que da en sus periódicos el enemigo, he tenido el placer imponderable de recibir tu cariñosa y querida carta fechada 19 de noviembre que trajo Zambrana. ¡Ay, Ignacio mío, el corazón parece querer saltármese cuantas veces la leo; cada una de tus esperanzas, cada tormento, cada palabra, me hacen sentir, demasiado; y me adauro de encontrar fuerzas para vivir tanto tiempo lejos

de la mitad de mi alma [...] Cuantos vienen de Cuba libre y cuantos de allá escriben aseguran que te expones demasiado y que tu arrojo es ya desmedido.

Zambrana dice que con pesar cree "que no verás el fin de la revolución". Estas palabras de Zambrana recién llegado del campo de Cuba, no sé como no me han hecho perder la razón. ¡Ah! tú no piensas mucho en tu Amalia, ni en nuestros ángeles queridos, cuando tan poco cuidas de una vida que me es necesaria, y que debes también tratar de conservar para las dos inocentes criaturas que aún no conocen a su padre.

Yo te ruego, Ignacio idolatrado, por ellos, por tu madre y también por tu angustiada Amalia, que no te batas con esa desesperación que me hace creer que ya no te interesa la vida. ¿No me amas? Además, por interés de Cuba debes ser más prudente, exponer menos un brazo y una inteligencia de que necesita tanto. Por Cuba, Ignacio, por ella también te ruego que te cuides más [...] Estoy más tranquila porque me parece ver tu semblante adorado, y adivinar en él que me ofreces cumplir lo que tan encarecidamente te ruego. ¡Ay si pudiera hablarte siquiera una hora! Constantemente te escribo, porque sé el consuelo que será para ti saber de nosotros. Yo creía que al menos habrías recibido la que hace un año te envié con Lorenzo Castillo junto con los retratos de los niños y que él me juró entregarte [...]

Cuidate más, amor mío, cuidate; yo quiero verte aún en esta vida y mi deseo más ardiente es que mis inocentes hijos conozcan a su padre. Mi pobre niña jamás ha sentido tus labios tocar su semblante angelical! ¡Qué júbilo para mí, Ignacio mío, el día que vuelvas a mi lado, y puedas abrazar a los dos ángeles!

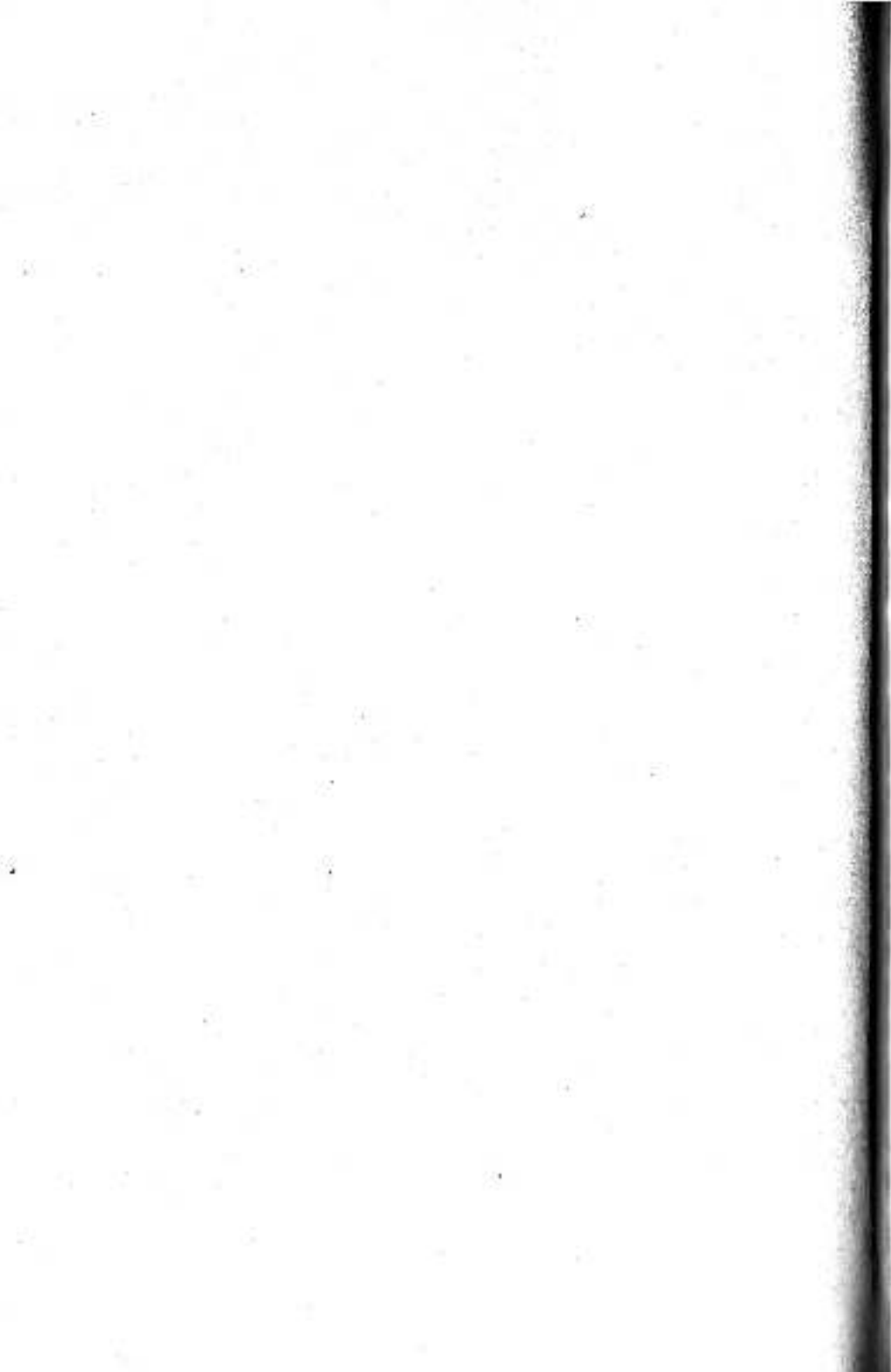
Dios querrá que ese día no esté muy lejos. Papá va a escribirte, él te contará algo de los negocios de Cuba. Se preparan grandes expediciones. ¡Ay! como te sigue la imaginación allá en los campos de la pobre Cuba. No olvides mis ruegos, Ignacio de mi vida. Recuerda que tu amor es mi bien, y tu existencia indispensable a la mía, que "quiero" que vivas y espero te esfuerces en complacer a tu esposa que te adora y delira incesantemente por ti. Adiós, mi más bien querido, quiera Dios que pronto vuelva a verte tu Amalia. Escríbeme siempre. Tuya eternamente

Amalia.

Ignacio nunca recibió esta carta. Once días después, el 11 de mayo de 1873, estalla y se parte en dos el puente que unía a estas vidas, donde quedarán perdidas todas las esperanzas, para no encontrarse nunca más. Ese día, Ignacio Agramonte cayó en el potrero de Jimaguayú en combate por la libertad de Cuba.

Después que un plomo miserable apagó este cuerpo amoroso e intentaron convertirlo en fuego y cenizas, de él irradian llamas eternas como parte de la libertad que hoy tenemos.

Por eso, a más de cien años de su caída estos amores inundan nuestra Patria libre y soberana.





## BIBLIOGRAFÍA

- 1 *Ignacio Agramonte y la Revolución Cubana*  
Eduardo Betancourt y Agramonte  
Dorrbecker, La Habana, 1928.
- 2 *Ignacio Agramonte en la vida privada*  
Aurelia Castillo de González  
*Obras completas, Escritos* Tomo II.  
Imprenta el Siglo XX, La Habana, 1913.
- 3 *Vida de Ignacio Agramonte*  
Juan J. E. Cassasús  
Imprenta Ramentol, Camagüey, 1937.
- 4 *Ignacio Agramonte*  
Carlos Márquez Sterling  
La Habana, 1936.
- 5 *El Moyo*  
Mary Cruz  
Ediciones Contemporáneas UNEAC, La Habana, 1972.
- 6 *Hombres del 68*  
Vidal Morales y Morales  
Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 1972.
- 7 *La Revolución de 1868*  
José Martí  
Instituto del Libro, La Habana, 1968.
- 8 *Pluma y machete*  
Ramón Roa  
Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 1969.

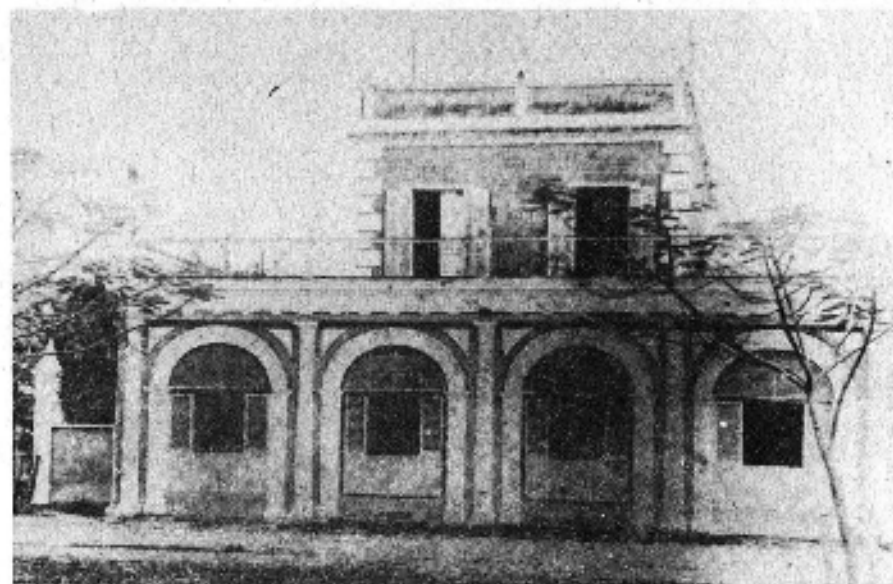
- 9 *Diccionario biográfico cubano*  
Francisco Calcagno  
New York, 1878.
- 10 *Patria y mujer*  
Cuadernos de Cultura —Quinta Serie, La Habana, 1942—
- 11 *Pasión de Cuba*  
Manuel de la Cruz  
Cuadernos de Cultura —Séptima Serie, La Habana, 1947—.
- 12 *Historia de Cuba I*  
Fernando Portuondo del Prado  
Editorial Nacional de Cuba, La Habana, 1965.
- 13 *Historia de Cuba*  
Oscar Pino Santos  
Editora Universitaria, La Habana, 1964.
- 14 *Materiales de estudio (Tabloides)*  
COR Provincial del PCC, Camagüey, 1973.



Mayor General, Ignacio Agraronte y Layraud.



Amalia Simoni Argüelles, la eterna unida de El Maxer



Quinta Simoni situada en un camino que en el siglo pasado se encontraba fuera de la ciudad, hoy forma parte de la calle General Gómez. Allí Agramonte visitaba su amada y dieron vida a un idilio poco común. (Foto: archivo de Gustavo Sed.)

Otra vista de la famosa quinta a principios de siglo. Las modificaciones han sido mínimas, todavía pertenecía a la familia Simoni. Hoy día Camagüey la rescata para que forme parte de su patrimonio histórico. (Foto: archivo de Gustavo Sed.)

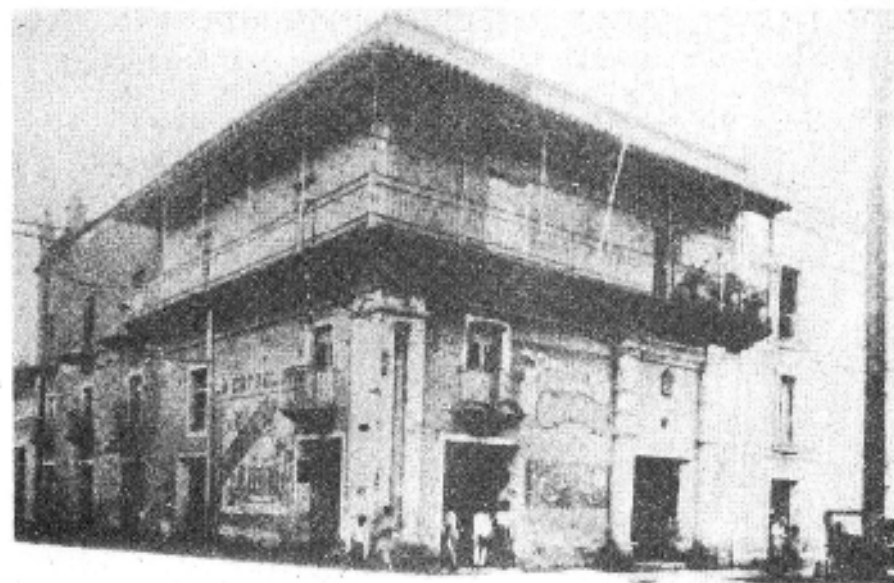




El histórico asilo San Juan de Dios, con su iglesia, situado en la plaza que lleva también este nombre. En uno de sus corredores los españoles depositaron el cadáver de Agramonte, antes de llevarlo al Cementerio General de Puerto Príncipe e incinerarlo.  
(Foto: Luis Carracedo)

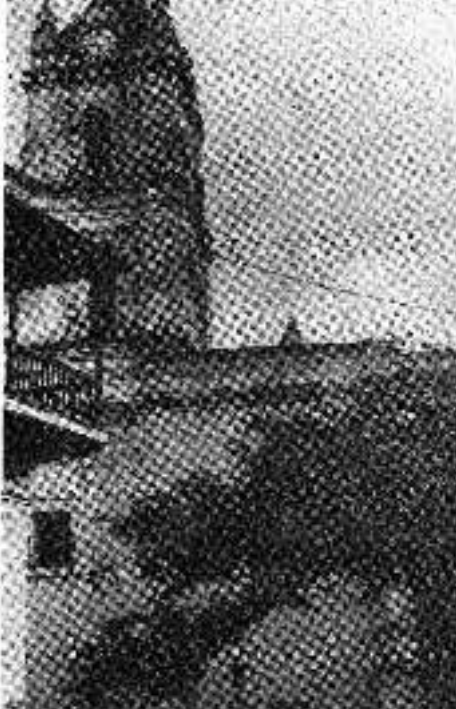


Casa natal de Ignacio Agramonte en la antigua calle de Soledad (hoy Mayor General Ignacio Agramonte). Fue rescatada por la Revolución y se le devolvió su aspecto original. (Foto: Jorge L. Florat Betancourt.)



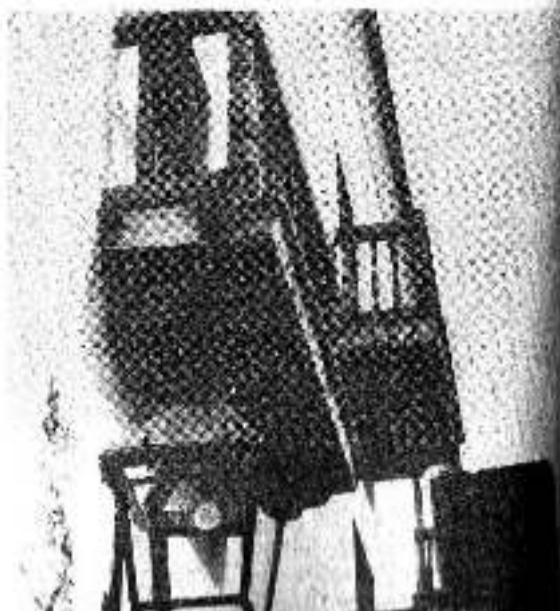
Esta es la casa natal de El Mayor en la primera década de la sendorepública. La parte baja sirvió para establecimientos (así fue desde que nació Agramonte, que la ocupaba la tienda "La estrella"), ya al triunfo de la Revolución se le habían hecho serias modificaciones estructurales y en ella estaba situado el "Bar Correo". (Foto: archivo.)





una excelente terna desde un lateral de la mansión; al frente el convento de La Merced, con su iglesia. (Foto: Luis Carraceda.)

Balcones de madera torneada de las habitaciones y entresuelos —lugar donde habitaban los esclavos domésticos de la familia Agramonte— un farol con una bombilla eléctrica sustituye al que se encontraba allí, en siglos pretéritos. (Foto: Luis Carraceda.)





Frente al antiguo asilo, entre las casas que circundan la plaza y nos transportan a otra época, se levanta esta mansión, testimonio de innumerables acontecimientos.  
(Foto: Luis Carracedo.)

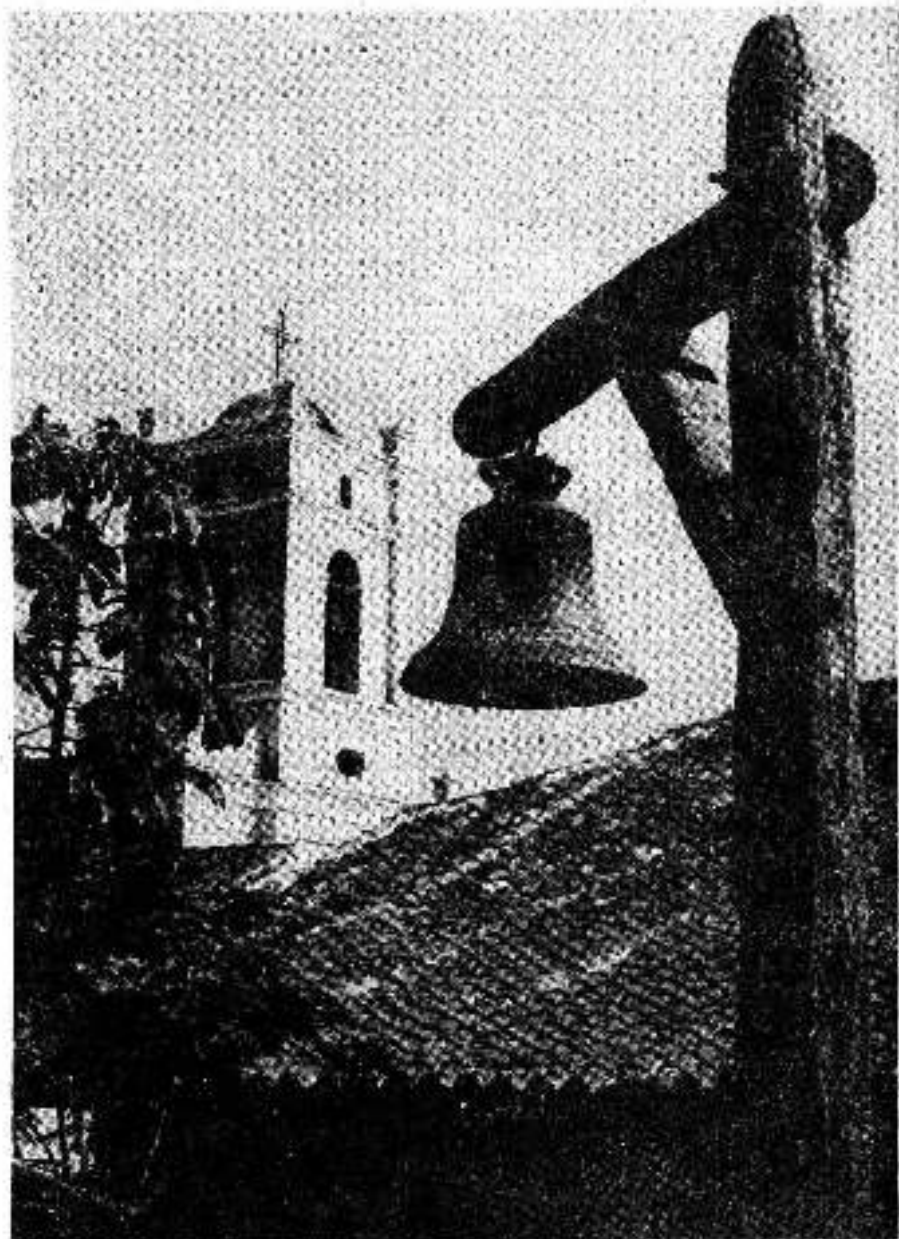
Amalia, mia: m'andame  
à dire como sigues,  
y como facaste la brebe.  
Et guardab, que me tiences, o  
preciso decirme siempre, true  
la verda, aun cuando la  
amara para mi.  
Tambien asus me dig  
como ha amancido el amor  
lita.

Tuyo eternamente,  
D. Juan

St. Peter 2/8/87



Fotocopia de un original de Amalia Simoni Argilagos. (Foto: archivo de Gustavo Sed.)



Desde uno de los patios de la plaza (Monumento Nacional) y parte del casco histórico de la ciudad, se veigne la torre como queriendo desafiar los siglos. (Foto Luis Carracedo.)

Amalia mia adorada  
 no te preocupes a man-  
 darme ropa, pues no la  
 necesitaré ya antes del  
 12 - Tu eterno y amante  
 compañero  
 Ignacio

Abil 6/9





porque que fue Plaza de Armas en la época de la colonia española, y que hoy lleva su  
re, se alza vigilante El Mayor, sable en mano  
(Luis Carracedo.)



¡Mi cinto amado!  
dime como has pasado la  
noche y como sigues -  
Sin escribir -

Tuyo, muy tuyo y  
sólo tuyo, eternamente  
Cariño

Abril 15/  
1888 -

189

Amor mío adonde  
 él ha cubierto fues la  
 ropa que me envías y que  
 es precisamente la que  
 te pedía en Bayona.

Adios, mi amor adonde  
 cuidate y ame a quien  
 delivante te insisten

Ign

Abil 8/109

